TEMAS SEXUALES



A. MARTIN
DE LUCENAY

la ciencia de las caricias

1'25 PTS

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

11

A. MARTIN DE LUCENAY

LA CIENCIA DE LAS CARICIAS

El contacto como fuente del placer.--Relación de los pechos con la sexualidad.--El beso en el amor sexual.--El beso en el cinema.--La ciencia de las caricias en los códigos orientales.--Los placeres del dolor.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
MARZO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 Y 16

PROLOGO DEL TEMA

AL referirnos a la tumescencia o sea a los distintos fenómenos psicofísicos de la excitación sexual, hemos hablado de las zonas erógenas o partes del cuerpo en las que las influencias tactiles se traducen en un factor esencial del eretismo nervioso necesario a la producción de la detumescencia, descarga o satisfacción de los deseos sexuales.

Teniendo en cuenta el papel esencialísimo que el sentido del tacto desempeña en la sexualidad, lógico es suponer que la caricia, lo mismo en sus manifestaciones más elementales, como es un simple roce aunque éste sea inesperado e involuntario, hasta la presión brutal que ordinariamente produciría dolor, existe una variedad abundantisima de contactos y roces susceptibles de producir las más diversas excitaciones cuando se aplican sobre esas zonas sensibles de la piel.

Si es cierto, como dijo un autor, que la mujer "es toda sexo de los pies a la cabeza", hemos de suponer que cualquier parte de la piel femenina está capacitada para experimentar los efectos del tacto. Los más remotos tratadistas orientales, que son los psicólogos que más "prácticamente" tuvieron ocasión de estudiar el arte de amar, dedicaron volúmenes enteros al análisis de la cuestión, hasta el extremo de hacer de la caricia una verdadera ciencia. No obstante, las caricias que aquellos autores prescribían como elemento importantísimo en el arte de amar, podían, modernamente, ser incluídas en su mayor parte en los índices de las perversiones sexuales más destacadas, pero que tanto se parecen a lo normal, como son el sadismo y el masoquismo.

Bien es verdad que en casi todos esos tratados a que nos referimos, se observa que el espíritu de sus autores era completamente personal o, por mejor decir, masculino, puesto que se parte del punto de vista de las necesidades del hombre sin conceder demasiada impor-

tancia a las de la mujer, objeto siempre del erotismo masculino al que más importaba hallar satisfacción para sus apetitos, que buscar los métodos de procurársela a su cónyuge. Así nos encontramos en estos curiosísimos libros con el hecho de que la mujer no parece estar construída de los mismos materiales que el hombre, puesto que se habla de golpearla, de clavarle las uñas y hasta de inferirle heridas, sin que, por lo visto, esos autores estimen necesaria la reciprocidad.

No obstante, como hemos de ver en estas páginas, ello no deja de tener un fundamento basado en principios y hechos de muy clara significación, demostrativos, por otra parte, de que la mujer, una vez iniciada en los placeres sexuales, experimenta un aumento tan notable en su tensión erótica en la asociación del placer y el sufrimiento, que insensblemente llegaría a las más crueles maniobras con tal de extraer "de la mina del dolor el diamante del placer", como dijo un tratadista del siglo pasado.

Pero, como en otro volumen hemos de referirnos al sadismo y al masoquismo como perturbaciones o perversiones del impulso sexual, en éste nos ocuparemos sólo de la caricia en el aspecto de sus gradaciones normales, aunque, ello no obstante, algunos casos pudieran prestarse a ser apartados de los métodos de la satisfacción normal, lo que no sería lícito, como procuraremos demostrar.

Si sabemos cuánta es la variabilidad del temperamento y la sensibilidad femenina, podremos decir, en lo que a la mujer afecta, que la ciencia de las caricias no se enseña; se aprende. Y decimos esto, porque el hombre que ejecutó con una mujer ciertas caricias que sin duda la llevaron a experimentar las máximas voluptuosidades, es fácil que con otra no obtenga los mismos resultados, bien porque sea más o menos sensible, o bien porque las zonas de excitabilidad aparezcan en sitios distintos.

Además, como en todo lo que al amor se refiere, para que esas caricias, esa ciencia y ese arte se traduzcan en resultados felices, es preciso que el amor exista como el móvil único de la unión sexual. No obstante, no es preciso que la comunión carnal se haya efectuado para que la caricia tenga su prestigio incontestable, ya que el enamorado idealista que en su delirio "aborrece" la carne, encuentra en la caricia el alivio de su sentimentalismo equivocado, lo mismo que el flagelante acalla los gritos de su sexualidad desorientada a fuerza de disciplinazos que le desgarran las carnes, pero que sumen a su alma en un bienestar infinito de máximas voluptuosidades. Y tanto

uno como otro, no cabe duda que están enamorados, aunque su amor no sea el de los seres "normales", el amor sexual perfecto, que por ser el más noble, y, a la vez, el más útil, es bastante para prestigiar con su nobeza a todas las caricias, a todos los refinamientos y a todas las expresiones en que sea capaz de producirse el sentido del tacto, puesto al servicio del amor en sus múltiples y poderosas manifestaciones.

La ciencia de las caricias es muy antigua: tanto como el mundo. En todos los pueblos primitivos, la caricia puede adoptar las formas de expresión más chocantes, y, para nosotros, disparatadas. Los civilizados no nos explicamos, por ejemplo, que la caricia más voluptuosa para un giliako consista en lamer los pies de su adorada; pero es que un giliako y un chino no conciben cómo es posible que los civilizados encuentren placer en "esa acción repugnante y obscena" que consiste en "unir los labios y producir un ruido semejante al que se hace al lanzar un esputo".

Así, pues, en nuestro presente estudio, pasaremos revista a las diferentes caricias usuales en todos los pueblos, hasta llegar al "beso a lo Greta Garbo", después de referirnos a todas las fórmulas usuales, incluso las al parecer más alejadas del goce, como pueden ser el mordisco, el pellizco, las cosquillas, etc., todo ello admisible en el terrno lícito y ordenado de la mejor orientación sexual.

más descendemos en la escala animal, más variadas son las funciones de la piel; pero en el hombre pueden interpretarse, en su mayor parte, como más afectas a la esfera sexual que a otra actividad cualquiera."

Ya hemos hablado en otra ocasión del papel que en la sexualidad desempeñan los diversos sentidos; pero si nos atenemos a las emociones especificamente sexuales, esto es, a las del contacto carnal, veremos que la vista, el olfato y el oído, bien escasa influencia tienen en el proceso cuyo principal mecanismo corresponde al tacto, el más desarrollado en espacio, y, por lo tanto, el más excitable cuantitativamente.

Los nervios sensibles de la piel son muy numerosos y su excitabilidad enorme, lo que basta para explicar la riqueza de las sensaciones a través de la epidermis, como son las originadas por los roces más o menos pronunciados, las cosquillas y débiles dolores capaces de traducirse en sensaciones parecidas al placer sexual. La explicación de esta semejanza en las emociones está en que los terminales de los nervios cutáneos sensibles, denominados *corpúsculos de Pacini*, son muy semejantes a los *corpúsculos de Krausse*, o sean las terminaciones nerviosas del glande del pene y del clitoris, los grandes labios y los bordes rojos de los labios de la boca. Naturalmente, la sensibilidad de la piel, desde el punto de vista de la sexualidad, es mucho mayor en las zonas inmediatas a los órganos genitales, especialmente los femeninos, pero, a pesar de ello, el cutis puede considerarse "como un solo órgano" de la voluptuosidad.

Mantegazza, célebre fisiólogo italiano, dijo que el amor sexual no era más que la expresión superior del tacto. "En las naturalezas humanas de mezquino carácter—agrega—, no es el amor más que contacto y manoseo. Entre el púdico acariciar el pelo y el brutal ataque de la voluptuosidad, no hay más que una diferencia cuantitativa, pero no cualitativa. El sentido del tacto es profundamente sexual y el que en el día desempeña el papel que en los tiempos primitivos el olfato." "El cutis—dice Bölsche—se convirtió en el gran alcahuete, en el poderoso entrometido en las cuestiones amorosas de los animales de mucho sistema celular."

En efecto, aun puede decirse más, y de ello todos los enamorados tendrán experiencias sobradas; se ha dicho hace mucho tiempo "que el primer contacto intencionado de un sitio del cutis de la persona amada equivale a una semiunión sexual", y esto puede aclararse aún más diciendo que, entre dos personas que se aman o, sencillamente, se desean, los contactos corporales íntimos producen excitaciones en las partes sexuales, aunque de éstas esté muy alejada la zona sobre que se practicó el contacto.

Pero aun podemos llevar más adelante esta apreciación, para significar hasta qué extremo puede ser sensible la piel en la esfera sexual. Creo, por mi parte, que no es necesaria la intimidad del contacto, esto es, de piel a piel, para excitarse o provocar la excitación sexual: la hipersensibilidad del cutis como zona erógena es tanta, que a veces, sin que exista intimidad ni siquiera conocimiento entre dos personas de diferente sexo, e incluso entre homosexuales, un roce "involuntario" por parte del que toca e "inesperado" para el que experimenta el roce, puede dar lugar a una emoción más o menos acentuada de naturaleza sexual.

No vamos a referirnos con amplitud a esas personas que gustan de las aglomeraciones en las calles—lo que de ordinario no sucede, o al menos no he tenido ocasión de observarlo más que en España—, en los espectáculos, en los tranvías y autobuses, donde muchos hombres no van más que "a magrear" ,dicho en su tono bárbaro, y otras tantas mujeres, a ser "magreadas". Por lo general, los puntos de contacto preferidos por los hombres son la región glútea y los pechos, pero nunca zonas desnudas, lo cual evidencia que no se necesita del contacto "completamente íntimo" para experimentar esas sensaciones voluptuosas. En los tranvías y autobuses, no siempre son las manos del palpador los conductores de las impresiones tactiles: entonces se recurre al acoplamiento, generalmente de la parte anterior del hombre con la posterior de la mujer, aunque ocurre también a la inversa, sin que ello tenga nada de particular ni pueda llamar la atención de los demás viajeros, quienes, por otra parte, no pueden apercibirse de esos actos en virtud de la aglomeración.

Ahora bien, estos contactos ya entran de lleno en la órbita sexual específica, puesto que pasan a convertirse, por lo general, en prácticas autoeróticas, ya que el tacto se traduce en un mecanismo de masturbación, por lo que no es oportuno referirnos a este aspecto en el presente tema. No obstante, muchas relaciones amorosas o exclusivamente sexuales han surgido de estos contactos, generalmente provocados por una parte y admitidos por la otra. A este propósito dice Hirschfeld que las sensaciones de placer originadas por el sentido del tacto son los puntos de transición en los que con más frecuencia sucumben la fuerza de voluntad y las resistencias humanas a las insinuaciones y movimientos del impulso sexual. "Quien

evita los contactos mencionados—dice—, se protege del mejor modo posible contra el peligro de verse arrollado por la sensualdad de su instinto y de sucumbir a ella cuando, por ejemplo, se halla con individuos sospechosos de una enfermedad secreta."

Otro autor, Martineau, refiriéndose a la intensidad que tienen las sensaciones palpables en la niñez, dice, al hablar de la impresión que le produjo el tocar un botón de terciopelo, que "el embeleso de la sensación rayaba en lo infinito", y otra señora, citada por Ellis, decía que uno de sus primeros recuerdos a la edad de tres años fué el de una exquisita sensación producida por el contacto casual de una piedra fría con la vulva en el momento de orinar. Dichas sensaciones, claro está que no pueden, específicamente, ser denominadas sexuales, pero ayudan a asentar una base palpable sobre la cual se desarrollan las emociones sexuales específicas.

Un autor dice que, desde el simple apretón de manos hasta el abrazo fuerte y vigoroso de la posesión carnal, todas las notas intermedias tienen gran significado para nosotros porque presentan un cierto aspecto en donde el afecto puede desarrollarse libremente, pero cuyos caminos pueden conducirnos siempre al amor sexual. La intimidad que implican los contactos de la piel, su aproximación inevitable al terreno de la emoción sexual, es lo que nos lleva a una instintiva parquedad en los tactos de la piel, lo que nos mueve, en vista de la sensibilidad del sistema nervioso producida por la civilización, a limitar hasta las manifestaciones convencionales de nuestro afecto y estima. En China, los padres dejan de besar a sus hijas siendo aún muy niñas. En Iuglaterra, a principios del siglo XVIII, existía aún la costumbre de besarse para el saludo diario los hombres y las mujeres, costumbre heredada de los tiempos clásicos de la primera época cristiana. En Francia, dicha costumbre existió hasta mediados del siglo XVII, época en la cual fué desechada por considerarla peligrosa, y en estos tiempos el beso usual que se da en la mejilla se diferencia mucho del beso en la boca, reservado para los amantes. Agrega que los contactos del tacto entre dos personas, fuera de algunos limitados que la costumbre autoriza, tienden a convertirse en repulsivos y desagradables—por ser una intrusión no deseada en una esfera puramente íntima— o bien cuando ocurren entre un hombre y una mujer en momentos especiales que pueden producir una reverberación poderosa dentro de la esfera emotiva y específicamente sexual.

A propósito de los contactos incidentales como origen de ciertas

pasiones amorosas, Ellis refiere los siguientes casos: Un hombre se enamora de su futura mujer porque ésta se ha caído, se ha lastimado un pie, y él ha tenido que cogerla en brazos y subirla a su habitación. Otro comienza su historia de amor desde que en una ocasión su mejilla rozó accidentalmente la de una joven. Las mujeres tratan a veces instintivamente de llamar la atención del hombre que les gusta, oprimiendo suave y prolongadamente su mano, único contacto que le es permitido. Dante, como ha dicho Penta, llamaba "a la vista y al tacto" los dos caminos para hacer revivir el amor de una mujer. Un apretón de manos de un hombre que le inspira simpatía es lo suficiente, tratándose de una mujer casta y sensible, para producir excitación sexual y a veces hasta orgasmo.

Insiste Ellis en asegurar que son, sin duda, muy frecuentes los casos en que nace el amor por la influencia de los estimulantes producidos por el sentido del tacto, y lo serían mucho más si su proximidad a la esfera sexual no fuera causa de que nos guardásemos de él con cuidado. La intimidad del tacto y su reacción contra las aproximaciones sexuales produce lo que James ha llamado el *instinto antisexual,* el instinto del aislamiento personal y esa repulsión que nos inspira la idea de un contacto íntimo con otras personas, sobre todo con las de nuestro mismo sexo. El autor se refiere, al tratar este asunto, a la desagradable impresión que nos produce el sentarnos en un asiento caliente aun por el cuerpo de otra persona. La Iglesia católica ha reconocido siempre los riesgos de la voluptuosa emoción que encierran los contactos palpables y ha previsto la facilidad con que pueden adquirir caracteres livianos los tocamientos al parecer más inofensivos e inocentes.

Las observaciones siguientes han sido comunicadas a Ellis por una señora de treinta años que jamás ha tenido relaciones sexuales: "Yo siento una emoción gratísima y dulce al tener contacto con hombres nobles, y creo que podría comparar la impresión de dichas emociones con las que produce la música, los objetos de arte y la belleza de la Naturaleza. Al escribir y preparar unos artículos sobre un tema nuevo, conocí a un especialista que me ayudó grandemente en mi trabajo. Un día, cuando juntos corregíamos una prueba, este señor tocó inadvertidamente una de mis manos, produciendo una dulce y pura sensación por todo mi ser; yo no dije nada, tal vez porque estaba demasiado emocionada para poder hablar; y jamás desde entonces hasta la fecha he respondido a su contacto en modo alguno; sin embargo, en ciertas épocas, por lo general dos veces al mes, he

de mayor importancia que el que se desarrolla desde el momento en que los amantes se disponen a dar satisfacción a sus deseos. Cuando concurren circunstancias capaces de imposibilitar la consecución del anhelo, la caricia más leve, el más suave roce, son de un valor inestimable para constituir, por sí solos, el preludio de la cópula. En ese momento, una mujer se entregaría por entero. Pero cuando la ocasión es propicia, especialmente tratándose de una virgen e incluso de una mujer que vaya a entregarse a un nuevo amante por vez primera, bien por un sentimiento de pudor o acaso por tener la consciencia de que ya "se ha rendido", de que la actitud defensiva llegó a su fin, aquellos estímulos de antes resulten ineficaces ahora porque su temperamento o su predisposición necesiten de excitaciones más directas y enérgicas.

En ese caso, los focos tactiles más importantes, esto es, las zonas erógenos más sensibles, como son los pechos, y sobre todo el pezón y el clítoris, ofrecen el máximum de vulnerabilidad a la excitación sexual producida por el tacto y hasta por pequeñas presiones y succiones suficientes para producir dolor en circunstancias distintas a las de los preliminares del acto sexual.

El hombre también posee un alto grado de sensibilidad en la piel de sus pechos, y muy particularmente en la de la espina dorsal. En el mismo punto, pero más sensible aun, es la piel de la mujer. A veces el simple contacto de un dedo, y, muy particularmente, de la lengua, puede ser suficiente, no sólo para producir el eretismo, sino hasta el orgasmo, sobre todo si se trata de personas de sensible temperamento nervioso. No obstante, estos contactos, lo mismo en un sexo que en otro, pueden traducirse en cosquillas, no siempre con el carácter de excitación sexual, pues a veces se producen con efectos opuestos. Una risa nerviosa, como la que a veces ocasionan las cosquillas, nada tiene de extraño que dé lugar a una inhibición momentánea de los deseos sexuales, determinando un estado de indiferencia que durará tanto como se prolongue el acceso de risa. Por otra parte, se ha reconocido unánimemente que la risa, aunque no sea motivada por esos contactos o roces, siendo incluso voluntaria, distrae la atención del acto sexual.

Las cosquillas guardan una relación bastante estrecha con la sexualidad, produzcan o no risa, aunque su influencia con la erótica es más marcada cuando no existe esa especie de explosión que es la risa.

Dice Havelock Ellis que en los primeros años de la vida no es



BESO OLFATORIO.

Stanley Smith y Mary Lawlor se acarician en la misma forma que los pueblos salvajes de casi todo el mundo practican el beso olfatorio, esto es, restregándose las narices y oliéndose a la vez.

LAMINA I



ANNA MAY WONG.

En su país natal, China, el beso es considerado como el más repugnante aspecto de la sexualidad. Para dejarse acariciar al modo occidental, esta actriz hubo de vencer los más fuertes escrúpulos.

LAMINA II

posible denominar placer sexual al que las cosquillas producen, pero que luego tiende a convertirse en tal, predisponiendo en ciertas circunstancias a la emoción erótica, sobre todo en aquellos casos en que el sistema nervioso está preparado en cierto modo para obtener el mayor efecto posible de las cosquillas.

Varios investigadores que han realizado estudios sobre el fenómeno de las cosquillas en las mujeres, manifiestan que aquéllas eran más intensas en épocas determinadas, como, por ejemplo, después de haber coqueteado con un hombre, o en momentos de excitación o de alegría, después de las comidas, durante el baño o estando cerca de alguna persona amada, etc.

El mismo autor asegura que el significado sexual de las cosquillas queda demostrado en el hecho de que disminuyen, e incluso desaparecen en personas habituadas a las relaciones sexuales, aunque en su infancia y juventud mostrasen una verdadera hipersensibilidad hacia ellas.

Un médico dice que muchas mujeres casadas le han asegurado que después de su matrimonio dejaron de sentir cosquillas en los pechos y los sobacos, aun cuando de solteras el menor tocamiento, sobre todo de un hombre, les hacía saltar y ponerse nerviosas.

Antes del coito, por lo visto, la energía sexual se halla repartida por los canales nerviosos, sobre todo por los caminos sexuales de orden secundario, o sean los pechos, la nuca, los labios los sobacos, etcétera, pero después de cierta experiencia, la energía sexual se concentra en otras regiones, disminuyendo entonces la sensibilidad a las cosquillas. Además, en casos ordinarios y normales las mujeres casadas no muestran la misma sensibilidad a las cosquillas cuando son reconocidas y auscultadas, a la inversa que en las muchachas jóvenes, que difícilmente pueden contenerlas, incluso manifestándose en explosiones de risa. Al efecto, un autor cree que "las cosquillas son la protección que la Naturaleza da a las vírgenes contra la violación y las insinuaciones sexuales, y por eso la joven, al querer defender los sobacos, los pechos y otras regiones cosquillosas, se encoge para impedir que la toquen. La mujer casada—termina—, enamorada de su marido, no oculta esas partes porque corresponde a las insinuaciones de él; no necesita que las cosquillas la defiendan de la agresión sexual."

A mi juicio, la diferencia que existe entre la mujer casada y la virgen en cuanto a la sensibilidad a las cosquillas, creo que tiene su origen, más que nada, en el pudor, cuyo sentimiento no es tan agu-

do en aquélla como lo es en ésta. Conste que he de referirme a las cosquillas que no son particularmente provocadas, pues en este caso huelga decir que, entre quien las procura y quien las recibe, ya han de existir ciertos lazos de amistad o conocimiento que lo permitan. En el caso de un reconocimiento, la virgen se ríe más por disfrazar el pudor que siente, o, mejor dicho, por "ganas de reír" que porque la exploración o la auscultación le produzcan cosquillas.

No es posible admitir en forma alguna "como protección que da la Naturaleza contra la violación, etc.", la misión de las cosquillas, ni es cierto que la mujer defienda las regiones "cosquillosas" para impedir que la toquen, como dice el autor aludido, que establece premisas verdaderamente falsas. Y todo ello se explica fácilmente.

En el momento de terror más o menos intenso que en el ánimo de toda mujer produce una amenaza de violación—sucediendo lo mismo en el hombre por causa de otros temores—, el "miedo", como emoción más fuerte, anula en absoluto todas las facultades que no sean las de defensa, las del instinto de conservación. La joven a quien se pretende violar, no hace más que defender aquellas partes de su cuerpo sobre las que el violador ejerce la máxima amenaza; si trata de besarla, se cubrirá el rostro; si pretende tocarla los pechos, defenderá éstos; si se dirige a la región genital, procurará cubrirla con sus manos, etc. Pero si el terror no se traduce en llanto, no hay que pensar, ni remotamente siquiera, que se transforme en un predisposición para la risa. Además, las cosquillas no se producen por presiones o roces fuertes, sino, al contrario, muy débiles, y cuanto más débiles, más eficaces. De forma que el violador que intente cometer el acto valiéndose de las cosquillas, huelga decir que deja a la mujer en plena libertad para defenderse de aquellos ataques. Así pues, no puede ser más pueril ni más falta de base la afirmación y la opinión del colega.

En cuanto a la mujer casada enamorada de su marido, que es el ejemplo que el mismo autor expone en apoyo de su anterior teoría, naturalmente no se opondrá a que el esposo la acaricie como quiera. Mas en este caso, si ella no quiere acceder a esos deseos por falta de disposición o por otra causa cualquiera, entonces será cuando el marido, solicitándola con un gesto que no puede ser agrio, en los forcejeos y presiones que ejerza sobre ella con el fin de someterla, la hará cosquillas, y, por lo tanto, se defenderá "porque la hace cosquillas" mucho más que porque "pretende poseerla". La defensa será eficiente, puesto que ya no existe el terror que determina en el caso anterior la actitud exclusivamente defensiva. O sea, que la agresión sexual del marido, que nunca se manifestará en términos de tan extremada violencia como en una tentativa de violación, puede convertirse en el logro de sus afanes cuando la esposa vea que el placer de las cosquillas puede "llegar al dolor" o producir en ella un estado de ánimo desproporcionado al del marido. Por último diremos, que la joven a quien se pretende violar—que no es lo mismo que "violentar"—y teme más a las cosquillas que a la violación, demuestra que está deseando que la violen y no que la hagan cosquillas.

RELACION DE LOS PECHOS CON LA SEXUALIDAD

Centros sexuales secundarios.—Sensibilidad del pezón.—Relación de los pechos con los órganos genitales.—Amamantamiento y sexualidad.—Mi punto de vista.—El verdadero placer del amamantamiento.—La nodriza que gozaba sexualmente.—La caricia de los pechos, motivo único de satisfacción.—La actitud de las prostitutas. Autoerotismo del pezón.—El escarabajo y el baño.—Anomalías de los pechos.

Después de haber estudiado la piel como zona de proyección sexual, nos falta conocer las distintas gradaciones emotivas que pueden producirse por los contactos, más significativos y más marcada expresión sexual, cuanto más se aproximan a aquellas regiones donde la piel se convierte en membrana mucosa.

En el volumen dedicado a la técnica de la desfloración, nos hemos referido superficialmente a las zonas erógenas y centros sexuales secundarios, así como a las distintas caricias o excitaciones tactiles adecuadas a la producción del fenómeno de la tumescencia, e incluso al beso, que estudiaremos más adelante, la caricia más eficiente de todas las que los amantes pueden practicar en los contactos sexuales.

Los centros sexuales secundarios, cuya relación estrecha con la erótica ha sido cuidadosamente estudiada por muchos investigadores, tienen una particularidad común a todos ellos: la de afectar las entradas y salidas del cuerpo, o sea donde la sensibilidad tactil adquiere la mayor capacidad de excitación.

Está reconocido que el contacto de estas regiones entre sí o con las regiones equivalentes de otra persona del sexo opuesto—aunque también entre los homosexuales ocurre otro tanto—, tiende siempre a producir un estado de eretismo de intensidad tan variable, que incluso puede llegar al orgasmo sin necesidad de afectar a los centros

sexuales primarios. No obstante, estos fenómenos, mientras no se trate de homosexuales, son normales completamente, pese a que muchos de ellos puedan ser conceptuados como perversiones del impulso sexual. A este propósito dice un fisiólogo, que "siempre que sirvan de ayuda a la tumescencia deben considerarse como actos, tal vez antiestéticos, pero naturales y normales."

También se hace la aclaración de que es preciso tener en cuenta, además, que la estética varía por la influencia de la emoción sexual. Ya hemos dicho en el volumen anterior, que desde el punto de vista del amante resultan codiciables y excitantes muchos aspectos que no lo son para los que no aman, siendo incontestable el hecho de que cuanto más grande sea la pasión, más se modifica el aspecto estético de las cosas. Un autor célebre dice que la consideración y estudio de estos fenómenos entre los pueblos civilizados y los salvajes, basta para demostrar que la tendencia a creer que los conceptos normales de estética pueden ser introducidos en el terreno sexual, es una tendencia falaz y equívoca completamente inadmisible. Se refiere en este punto, como ya hemos dicho, a las excitaciones ejercidas con la lengua o los labios sobre las zonas sexuales primordiales y secundarias.

Una de las zonas secundarias donde la sensibilidad tactil adquiere gradaciones más intensas, son los labios, y de este aspecto nos ocuparemos en el capítulo siguiente al estudiar el beso en sus distintas modalidades y gradaciones.

Pero si importantes son los labios como zona erógena, el foco de tacto sexual más importante, a excepción del clítoris, es el pezón. Ellis estima que los pechos deben ser estudiados, primero, por su relación con el aspecto sexual, y luego por el hecho significativo de existir, no para el contacto del amante, sino del niño, y agrega: "Este es, sin duda alguna, el hecho fundamental sobre el cual están basados todos los contactos tactiles. La sensibilidad sexual de los labios del amante y de los del niño hacia el contacto del pezón de su madre, son cosa probada."

La teoría de Darwin expuesta en otro volumen, admitida completamente y hasta perfeccionada por las investigaciones de los psicoanalistas, muestra bien a las claras la razón de la preferencia del hombre hacia esa zona, preferencia evidenciada desde el momento mismo de la primer succión del recién nacido. Pero, por otra parte, la estrecha relación existente entre las glándulas mamarias y los órganos genitales, se demuestra en múltiples hechos que más adelante pasaremos a analizar.

En primer lugar puede observarse, que los pechos de las jóvenes suelen tornarse muy sensibles al tacto en la época de la pubertad, como respondiendo a la evolución que se opera en los órganos sexuales, y otro tanto se observa, en edades más avanzadas, al presentarse los fenómenos de la menstruación, ya que las glándulas no solo resultan más sensibles, sino que se endurecen también. Sin embargo, los cambios decisivos de los pechos no se operan hasta el momento del embarazo. En su *Diagnóstico del embarazo,* dice el doctor Griffith: "Tan pronto como el óvulo queda fecundado, empiezan a verificarse cambios en los pechos, tan bien definidos e iguales como los que se operan en el útero y la vagina, los cuales desde el principio del embarazo se preparan para la labor que han de llevar a cabo nueve meses más tarde. Estos cambios se observan en la mayor actividad de su funcionamiento. Los pechos, antes pasivos, sin circulación activa, ni sensibles a los efectos que ésta produjera, comienzan a activarse y a crecer en actividad a medida que el embarazo va progresando."

Esta relación existente entre la matriz y los pechos la han observado también los salvajes. Seligman dice que en los pueblos primitivos, y singularmente los sinangolos de Nueva Zelanda, han reconocido siempre la sensibilidad de los pechos durante el embarazo, tanto que éstos creían que la concepción tenía lugar en los pechos, y que por lo tanto no se debía practicar el coito hasta destetar al niño, por temor a que pudiera ingerir el semen con la leche.

Havelock Ellis afirma que mientras las comunicaciones de los órganos sexuales a los pechos son de un carácter complejo y mal estudiado hasta la fecha, la comunicación de los pechos con los órganos sexuales es sin duda alguna de carácter nervioso. Cuando se acerca la madre el niño al pecho después del parto, el acto de chupar el pezón produce contracción de la matriz, y hasta esas succiones pueden dar lugar a que se produzca el aborto, tanto porque se esté amamantando durante los primeros meses de un nuevo embarazo, como porque las ejerza otra persona. Este hecho se comprobó por un médico alemán, produciendo la estimulación de los pezones por medio de un aparato eléctrico, lo que daba por resultado la contracción del útero grávido.

En otro aspecto, el citado Ellis ha estudiado con bastante interés el lado objetivo de la relación del pezón con la sexualidad. En

su obra *Sexual Selection in Man* (F. A. Davis, Filadelfia), escribe: "El pezón puede ser considerado como órgano erectil, provisto de nervios y de venas que bajo el estímulo de los labios del niño—o de cualquier compresión semejante e incluso bajo la impresión del frío o de una emoción—se endurece y yergue por una contracción muscular, pues a diferencia del pene y del clítoris, el pezón está desprovisto de cualquier clase de tejidos erectiles. Debemos, pues, suponer que el acto de amamantar transmite un ímpetu por la columna vertebral a los órganos genitales, despertando un mayor o menor grado de excitación nerviosa por contracción del útero.

En cuanto a las manifestaciones subjetivas, es tal la indiferencia con que se han tratado siempre, hasta en la misma Europa, los caracteres preeminentes de la psicología de la mujer, que aún en estos últimos tiempos—según tengo entendido, y aun cuando no he hecho averiguaciones profundas en este aspecto—, hasta fines del siglo XVIII nadie se había fijado en que el acto de amamantar producía en la mujer sensaciones voluptuosas de carácter sexual. Cabanis el año 1802, y en una Memoria titulada "Influencia de los sexos", en su obra sobre la física y moral del hombre, decía que varias mujeres que se hallaban criando le habían asegurado que al amamantar a su hijo experimentaban una intensa sensación de placer, del que participaban en cierto grado los órganos sexuales. No cabe duda que entre mujeres saludables este fenómeno es muy frecuente, si bien sería necesaria una investigación precisa y metódica para afirmar que tal ocurre en mayor o menor grado a todas las mujeres; y creo muy fácil que la regla esté sujeta a numerosas excepciones. Una señora perfectamente normal me ha confesado que al amamantar a sus hijos sentía sensaciones sexuales mucho más intensas que las que le hacía experimentar su marido; pero que en lo posible trató de dominarlas por considerar que aquellas emociones eran repulsivas y anormales, y muchas mujeres me han asegurado que el acto de amamantar les producía la sensación más agradable que conocían. La mayoría de los casos, sin embargo, esta sensación no parece ser que conduzca al deseo del coito, y algunas de las que la experimentan, aun las de naturaleza más sexual, se muestran indiferentes al comercio carnal durante el período de la lactancia. Es probable que en realidad sea esta la condición normal y que las sensaciones voluptuosas experimentadas durante la lactancia queden plenamente satisfechas en el acto mismo de amamantar. Quién sabe si son muchas las que como aquella señora citada por Féré, no co-

nocen más placer sexual que el que obtienen amamantando a sus hijos." A esto hace alusión Féré en su obra *El instinto sexual.*

Termina diciendo que esta asociación entre el placer sexual y la lactancia tienen un motivo y razón de ser perfectamente natural. Es muy conveniente y hasta esencial para la conservación de los pequeños mamíferos, que las madres hallen en el acto de amamantar un goce que las compense de las molestias de la lactancia. El medio más indicado para obtener el grado necesario de placer, era utilizando el fondo de reserva de la emoción sexual en comunicación con los pechos por la acción de los órganos sexuales durante la preñez. "Pudiéramos, pues, decir que este elemento voluptuoso que acompaña a la Naturaleza es una sabia disposición de la misma para asegurar la manutención del niño."

Acerca de este punto, he realizado algunas investigaciones que me inducen a no creer demasiado en esta relación específicamente sexual del acto de amamantar con las emociones de la madre. Algunas mujeres bastante inteligentes me han explicado sus emociones con cierto detalle, y deduzco, ateniéndome a la mayoría de los casos, que el placer que experimenta la madre, es una mezcla de sensación de alivio—lo que puede tener algún punto de semejanza con la detumescencia en el hombre—, y de satisfacción infinita al observar que el niño se nutre del jugo de sus pechos, emoción también de orgullo, y, además, la impresión de una caricia "que me hacía recordar otras de mi marido", como sinceramente confesó una de mis amables informadoras.

No me parece admisible la opinión de Ellis al estimar que esa sensación de placer sea una disposición de la Naturaleza "para asegurar la manutención del niño", porque, a mi juicio, revela un conocimiento bastante deficiente del sentimiento maternal. Es tanto como decir que la madre amamanta a su hijo sólo por el placer que mamando la proporciona, cuando, de madre a hijo, ocurre todo lo contrario: que la voluptuosidad está en verle a él deleitarse con las jugosas succiones del pezón materno. No obstante, algunas nodrizas que amamantan niños que no son hijos suyos, sí es cierto que encuentran sensaciones de placer que pueden llegar al orgasmo. Un caso de esta naturaleza fué observado por un colega en un paseo público. Hallábase sentado frente a un banco donde una nodriza amamantaba a un pequeñuelo, cuyo rostro, y por lo tanto el seno, estaban cubiertos por una fina tela, para evitarse la molestia de las moscas. El observador vió claramente cómo la nodriza estiraba

las piernas poniéndolas rígidas, amén del gesto, tan significativo y revelador de una franca emoción sexual, que se estereotipó, por decirlo así, en el rostro de la muchacha.

Varios tratadistas han citado numerosos casos análogos, si bien parecen observarse en mujeres neuróticas en mayor o menor grado, más que en las mujeres de constitución mental normal.

Ha sido preciso apartarnos un tanto del fondo de nuestro estudio, pero sólo con el fin de exponer los datos referidos en abono a la gran capacidad de excitación de los pechos, que en algunas mujeres, representan la más importante de todas las zonas sensibles a la caricia. La excitabilidad puede ser provocada mediante cualquier contacto, siendo mayores las sensaciones cuanto más intencionadas son las caricias.

No hemos de encarecer una vez más la importancia que en la sexualidad tienen los pechos femeninos, tanto en el hombre como en la mujer. En sujetos de gran temperamento, basta para que se produzca el orgasmo recíproco con ejecutar caricias y presiones tanto en los pechos como en los pezones. En Marruecos conocí a un oficial del ejército que por temor al contagio venéreo no practicaba el coito con las prostitutas indígenas, teniendo bastante con besarlas y acariciarlas el pecho para experimentar las sensaciones más completas del placer sexual. Naturalmente, esta forma de satisfacción evidenciaba una forma exagerada de fetichismo que no podía considerarse normal, y así hube de decírselo a mi amigo, exponiéndole el peligro que ello representaría para su futura vida conyugal. No obstante, contrajo matrimonio con una señorita de cierta plaza africana, y al principio, según afirmaba, apenas había tocado los pechos de su esposa, se producía el orgasmo en una descarga violenta que le dejaba incapacitado para intentar la intromisión del pene. Al cabo de algún tiempo logró corregir esta hiperexcitabilidad, pero "imponiéndose el sacrificio de no ver los senos de su amada." Más tarde se curó completamente de esta anomalía, y su vida sexual actual encaja en el terreno de la normalidad más completa.

Creo que no habrá una sola mujer cuya sexualidad permanezca insensible totalmente a las caricias practicadas sobre los pechos. En algunas, esta zona erógena tiene más importancia que las titilaciones clitorianas para producir la tumescencia y hasta el orgasmo, lo que puede observarse incluso entre las prostitutas; sabiendo que su pasividad resulta incompatible con esas caricias, permiten a sus amantes toda clase de contactos, menos aquellos que tiendan a producir excitaciones más o menos acentuadas en los pechos. Tratándose de otras mujeres, incluso de muy débil temperamento sexual, siempre desean instintivamente estos contactos y algunas los buscan aprovechando las aglomeraciones de público. Un autor dice, que así como el desarreglo que produce la preñez va acompañado de un movimiento correspondiente en los pechos, así la excitación sexual que ocasiona la proximidad del amante ejerce su influencia en los pechos también; el pezón se yergue al unísono del clitoris: "la mujer ansía colocar a su amado en el lugar de su hijo y experimentar con ello una sensación inefable, en la que los dos objetos supremos de su deseo se ansían de un modo exquisito y tierno".

Pero es posible que "esta buena intención" no sea el móvil que induce a muchas mujeres que no han sido madres aún a buscar esos contactos excitantes que en muchos casos resultan suficientes para servir de compensación a la abstinencia que los prejuicios o el miedo a la maternidad imponen.

En aquéllos donde la erótica constituye poco menos que un arte, se ha hecho notar siempre el poderoso efecto que produce el estímulo del pezón en el terreno sexual, por lo que los pechos llegaron a constituir incluso un motivo de adoración. La Diana de Efeso, que era un símbolo de la Naturaleza, era representada con todo el cuerpo recubierto de glándulas mamarias. Rubens, en su famoso cuadro titulado "El Triunfo de la Religión", se contentó con pintar al personaje alegórico con seis pechos.

En la India, según Vatsyayana, muchos autores opinan que al acercarse a la mujer el amante debiera comenzar por chupar los pezones de sus pechos, y en las canciones de las bayaderas de la India del Sur este acto se considera como uno de los preliminares del coito.

En los colegios de niñas y en Francia sobre todo, dice Ellis que es muy frecuente la titilación y succión del pezón; entre los hombres también la titilación de los pechos produce en ocasiones sensaciones sexuales. Hildebrand cita el caso de una joven cuyo amante solía chuparle los pezones, y que a fuerza de tirarse continuamente de ellos logró de tal modo aflojarse los pechos, que podía chupárselos a sí misma, obteniendo con ello extremo placer. A. J. Bloch, de Nueva Orleans, citó hace tiempo el caso de una mujer que se quejaba de grandes hinchazones en los pechos; el menor tocamiento le producía un orgasmo, y al fin se supo que la hinchazón había sido provocada de intento para lograr los tocamientos. Moraglia conoció en Italia a

una mujer hermosísima, la cual era muy fría en sus relaciones sexuales, pero sentía una excitación desenfrenada siempre que su marido la besaba o chupaba el pezón.

Lombroso describe otro caso parecido de una mujer que carecía de sensibilidad en el clítoris y la vagina; no encontraba placer alguno en el coito, sino en posturas muy extrañas, pero experimentaba en cambio sensaciones sexuales de gran intensidad en el pezón derecho y en la cadera.

"Es, además, interesante anotar que la lactancia produce cierto placer sexual, no sólo en la madre, sino también a veces en el niño. Así por lo menos parece indicarlo un caso curiosísimo citado por Féré. Una niña neurótica por herencia fué destetada a la edad de catorce meses; pero tal afición tenía la criatura al pecho, que aun cuando ya estaba acostumbrada a tomar otros alimentos, se consiguió destetarla con gran dificultad, y eso permitiéndola varias veces al día acariciar los pechos de su madre. Así siguieron las cosas durante algunos meses, hasta que la madre, al quedar de nuevo embarazada, resolvió poner término a tan extraña manía. Sin embargo, eran tales los celos de la niña, que fué preciso ocultarle que su hermanita mamaba; y una vez a la edad de tres años, al ver a su padre ayudar a vestir a su madre, se mostró violentamente celosa. Los celos y el cariño al pecho duraron hasta la pubertad, aun cuando ella lograba ocultar sus sentimientos.

A la edad de trece años, y al empezar a menstruar, observó que al bailar con sus amigas y sentir el contacto de sus pechos con los de ella, experimentaba una sensación agradabilísima con erección del pezón; pero hasta la edad de dieciséis años no notó que la región sexual participaba de dicha excitación y se humedecía. Jamás sintió atracción por los jóvenes, pero al fin contrajo matrimonio; y aun cuando amaba y estimaba a su esposo jamás sintió intenso placer entre sus brazos, y si alguna emoción lograba experimentar era evocando el recuerdo de otras mujeres.

Este caso, en el que las sensaciones de un niño de pecho fueron base y punto de partida de una perversión sexual que duró toda una vida, es no sólo extraño, sino al parecer único." (Havelock Ellis, *Sexual Selection in Man.*)

Yo intervine en un caso de perversidad sexual, en el que los pezones constituían la principal zona erógena, si bien se trataba de una joven neurótica de gran temperamento. El método de satisfacción empleado lo conocen muchos hombres, aunque el "agente provocador" de la emoción sexual en estos casos suelen ser moscas que actúan sobre la región balánica del miembro viril produciendo con las patas un cosquilleo tan excitante que suele producir el orgasmo.

Hallándome a bordo de un buque de turismo donde a la sazón prestaba mis servicios, una camarera vino a llamarme para asistir a una señorita hija de un matrimonio californiano. Acudo a la cámara de la pasajera. Está en el lecho rodeada de sus padres y de dos camareras que tratan de reanimarla aplicando a su nariz un pomo de sales.

Es joven, morena y delgada. Un tipo "bien". La madre, sudamericana o tal vez española, no hace más que verme aparecer en el dintel de la puerta y cubre con una sábana el cuerpo completamente desnudo de su hija, mientras me mira con un gesto de asombro y de disgusto, tal vez porque, a su juicio, yo no debía tener edad para ver "ciertas cosas". Además me advirtió que su hija padecía con cierta frecuencia estos accidentes, como dándome a entender que mis servicios eran innecesarios. El marido no decía nada, pero miraba a la enferma atentamente.

La reconocí. Espuma sanguinolenta entre los labios, los ojos vueltos y los puños fuertemente apretados. Acceso histero-epiléptico inconfundible. Varios soplos en el rostro, inhalaciones de éter y la enferma recobra el conocimiento. Me mira, le pregunto si se encuentra bien, me contesta afirmativamente, y al pretender incorporarse, la mamá le advierte:

—Edith, hijita; que estás desnuda.

Me despido y ruego al esposo de la púdica dama que me acompañe a la clínica. Me asegura que el motivo de su estancia en el buque obedece a la indicación del médico de la familia de que la niña se distrajera viajando. No sé a qué compañero se le ocurriría prescribir a una epiléptica un crucero turístico por estos mares de fuego. En fin...

Lo más grave del caso era que el accidente había sobrevenido mientras se bañaba en el cuarto de aseo de su camarote, sin duda debido a la impresión que le produjo la presencia de un escarabajo que una de las camareras se encontró en el agua. Esto me extrañó.

—¿Un escarabajo, dice usted?...

Sentí curiosidad y nos trasladamos de nuevo hacia el camarote de la enferma en el momento en que ésta increpaba a una de las doncellas por haber dado muerte al bichito. Era, en efecto, un escarabajo acuático de la especie denominada *dítico orillado*, animalucho carnívoro de unos tres centímetros de longitud. No me extrañó su presencia en

el baño, puesto que pudiera proceder de los tanques de agua dulce impotable que se utilizaba solamente para estos usos higiénicos y para el baldeo final de las cubiertas de la nave.

—Seguramente le asustó el bichito, ¿no es cierto?—le dije.

—No crea, doctor; el pobre animalito cayó un día en el baño y lo conservaba en él dejando siempre un poco de agua. ¡Era tan simpático!...

La reprimenda que echó a la doncella y su condolencia por la muerte del repugnante escarabajo, me hicieron presumir algo raro. Encargué al *steward* que cuando la camarera Mary acabase la guardia, la hiciese pasar por mi despacho.

—Vamos a ver, Mary: ¿puede usted decirme algo acerca de la señorita del camarote 271?...

La fámula esbozó una sonrisa maliciosa que vino a corroborar una buena parte de mis fundadas sospechas, y se explicó como pudo. La señorita del 271 acostumbraba a bañarse dos veces al día en unión de su escarabajo. Se sumergía en el agua, que había de estar a una temperatura de más de treinta y tantos grados, y en forma tal que sólo dejaba fuera la cabeza y la menor parte de uno de los senos, generalmente el izquierdo, pequeño y erecto, cuyo pezón estaba escasamente desarrollado, al decir de Mary. El insecto, al no poder resistir la elevada temperatura del baño, se limitaba a rozar sus ásperas patas sobre la parte del pecho que quedaba fuera del agua. Me aseguró la camarera que miss Edith tenía bastante con estas excitaciones para llegar al orgasmo, sin recurrir, que es lo que yo había creído, a la masturbación con el fin de completar de este modo las sensaciones de su extraño juego erótico.

Comprendí entonces que el aura epiléptica muy bien pudo tener su origen en el orgasmo sexual, al que sucedió el grito que llamó la atención de la perspicaz camarera. También me aseguró mi interlocutora que la ardiente californiana había sostenida ciertas relaciones con uno de los telegrafistas del barco.

Después de vencer la inexplicable resistencia de la madre, conseguí que la enferma se sometiese a un tratamiento adecuado, y dos meses más tarde desembarcaba en San Francisco creo que bastante aliviada de su peligrosa y lamentable neurosis.

Podrían citarse casos innumerables de esta naturaleza, demostrativos de la gran sensibilidad de la piel de los pechos, pero haríamos este volumen interminable, para llegar siempre a la conclusión de que

en mujeres de temperamento excitable, no hay zona erógena de más prestigio en todo su cuerpo, ni que con más fidelidad responda a las excitaciones y roces de todo género. En algunas no basta la caricia suave, delicada y discreta para originar la excitación sexual, sino que se hace necesario recurrir a métodos de máxima violencia. No obstante, esas presiones que tendrían un carácter masoquista, practicadas en un tono más bajo, tales como las presiones con los dientes y con los dedos en forma de mordiscos y pellizcos muy continuos, suponen en mujeres muy sensibles la suma de todos los deleites. Una prostituta brasileña que ofrecía dos mamas suplementarias situadas casi en la región axilar, se producía ella misma el orgasmo friccionándose los pezones rápidamente.

Se registran bastantes casos de pechos suplementarios, no sólo en mujeres, sino en hombres también. Por el contrario, en algunas mujeres se ha observado la ausencia completa de ese bello adorno natural, lo que coincide, por lo general, con la falta de útero y de los ovarios. El doctor Witkowski cita varios casos de esta naturaleza. En cuanto a las mamas suplementarias, un médico de Marsella refiere el caso curiosísimo de una mujer que, aparte de dos pechos bien formados situados normalmente, ofrecía otra mama en la parte externa del muslo izquierdo, que producía leche de igual calidad que las normales. En cuanto a la excitabilidad sexual, puede decirse que estas mamas suplementarias constituyen otras tantas zonas erógenas igualmente sensibles.

Otra zona erógena cuya sensibilidad no se presenta por igual en todas las personas, puesto que no es exclusiva del sexo femenino, es el lóbulo de la oreja, y, muy especialmente, el orificio del oído. La titilación lingual en este orificio produce en las mujeres reflejos uterinos significados en contracciones más o menos acentuadas. En el hombre, esta especie de cosquillas también produce una marcada excitación sexual, pero en algunos individuos muy nerviosos, aunque las titilaciones dichas tengan reflejos sexuales, resultan insoportables.

Resumiendo las apreciaciones hechas respecto del sentido del tacto, "el más emocional y el menos intelectual" de todos los sentidos llegamos a la explicación automática de las razones que movieron a los ascetas cristianos a luchar denodadamente contra el baño y cualquier fórmula higiénica que afectase a la piel, favoreciendo así el culto de la suciedad corporal. Pero si bien es indudable que el antiguo culto de la piel tendía a ir unido a un gran libertinaje moral, es justo decir

que no por eso las personas limpias han de ser estimadas como libertinas, lo mismo que las desaseadas no siempre son escrupulosas en lo que a la moral se refiere. No obstante, en el terreno sexual, más atractivos tienen las personas limpias que aquellas que siguen casi al pie de la letra las antiguas y decadentes prescripciones de los intransigentes ascetas medioevales.



EL BESO EN EL CINEMA.

Nancy Carroll y Gary Cooper resumen en este gesto la técnica moderna del beso cinematográfico, en el que la pasión amorosa, por lo general, no es «estético» que intervenga para nada.

LAMINA III



GRETA GARBO.

La «vampiresa» de los besos kilométricos, dícese que es una mujer de temperamento sexual poco desarrollado, lo que contrasta muy rudamente con su actitud pasional.

LAMINA IV

EL BESO EN EL AMOR SEXUAL

El beso en las histéricas.—Experimentos.—El beso en Francia.—El beso primitivo.—Relación de los labios con los órganos sexuales.—Los orígenes del beso.—El impulso de morder.—Desconocimiento del beso en algunos pueblos.—Beso olfatorio.—Los trobriandeses.—El olfato, primitivo instinto.—El beso y los extravíos sexuales. Su efecto en los centros sexuales.—Actitud de los japoneses.—El caso de Ana May Wong.

De todos los fenómenos tactiles, el más típico y el más completo es, sin duda alguna, el beso. Aparte de la membrana mucosa vulvovaginal, los labios constituyen un foco sexual de enorme importancia. dada la extrema sensibilidad de la piel y la de la membrana mucosa por otra parte. La excitación no se produce sólo por el contacto de los labios, sino que resulta acentuada por los movimientos y roces de la lengua; en un contacto íntimo y prolongado se convierten estos mecanismos psico-físicos en los más poderosos estimulantes sexuales. El beso, por sí solo, sin necesidad de otros contactos, es más que suficiente para encauzar todo el poder nervioso de la capacidad erótica.

En las mujeres histéricas sobre todo, la excitabilidad de las zonas erógenas—yo diría que toda la piel de su cuerpo es una inmensa zona—se produce algunas veces con una mirada. La vista, naturalmente, no es sentido tactil; pero conozco el caso de una joveen, muy inteligente, que cuando un hombre la miraba al escote, decía sentir "una sensación voluptuosa en aquella parte, seguida de un claro reflejo sexual." Algunas veces sabía que alguien la miraba, aunque ella no lo viese, y que las miradas de algunos hombres "parecían caricias", según afirmaba. Pero su mayor sensibilidad estaba en los labios, la región más persistentemente sensitiva de todo el cuerpo, fuera de los órganos sexuales, con relación al beso.

El fisiólogo italiano Gualino demostró la importancia de los labios como zona erógena normal, aplicando un hilo, en varios dobleces, a los

labios, estimulándolos de una manera mecánica. De veinte mujeres de dieciocho a treinta y cinco años, ocho sólo sintieron la parte mecánica de la operación; cuatro notaron en el procedimiento un elemento vagamente erótico, tres experimentaron deseos de cohabitar y cinco notaron excitación sexual con emisión de mocosidades vaginales. En veinticinco hombres de veinte a treinta años, quince no observaron la presencia de sensaciones sexuales, siete tuvieron ideas eróticas con congestión de los órganos sexuales, pero sin erección, y en tres hubo un comienzo de erección. A la vez observó Gualino que tanto los hombres como las mujeres que ofrecían más sensibilidad, eran de temperamento nervioso, lo que prueba también que en dichas personas las reacciones eróticas de todo género ocurren generalmente con la mayor facilidad.

Dice un autor que en ninguna parte del mundo se atribuye tanta importancia sexual a los labios como en Francia, "en donde la joven los guarda religiosamente para que los bese el que ha de ser su marido, hasta tal punto, que muchas jovencitas creen que toda la parte física del amor se halla comprendida en un beso en la boca". Madame Adam, una escritora de gran inteligencia, ha descrito el pavor que sintió de joven al ser besada en los labios por un hombre, convencida de que por ese solo acto había perdido para siempre su virtud.

El contacto de los labios en el beso, como dice el autor de *El Jardín perfumado,* es uno de los más poderosos incentivos del amor. Al efecto, cita los versos de un antiguo poeta árabe:

"Cuando un corazón arde de amor
jamás halla curación,
ni ningún filtro de brujas
calma la sed de lo que ansía;
ni un amuleto obra los milagros
que él necesita.
Hasta el abrazo más íntimo
le deja frío y sin satisfacer,
si le falta la delicia del beso."

El célebre filósofo Burdach, define el beso como "símbolo de la unión de las almas" y algo semejante al contacto galvánico de dos cuerpos electrizados, positiva y negativa respectivamente, que aumenta la polaridad sexual, atraviesa todo el cuerpo, y cuando está en estado de impureza "transmite el pecado de un individuo a otro".

Ya sabemos que el principal sentido que participa en el beso, es el del tacto, pero también forman parte de esta caricia el del olfato y el del gusto, si bien este último en una medida bastante reducida. El beso primitivo consistía en lamer y morder, lo que parece una herencia de los animales que en el acto carnal se muerden. Un antiguo tratadista opinaba que el deseo de morder tenía una estrecha analogía con el deseo de alimentarse. Es muy conocida la frase que resume en nuestros tiempos la supervivencia de los instintos primitivos, cuando, para expresar el amor que se siente por una persona, se dice que "se la comería uno a besos". Bloch dice que el beso que se realiza en la boca, que es el principio del tubo alimenticio, "es la expresión de que el amante quisiera apoderarse por completo de la mujer amada "comiéndosela de amor". Monhike cree que la furia de los besos salvajes del amor apasionado puede conducir hasta la antropofagia, como cuenta Metzger un caso, en el que un joven, en la noche de boda, no sólo mordió a la mujer amada, sino que comenzó a devorarla.

Más adelante volveremos a ocuparnos del mordisco en su aspecto de expresión del amor sexual, tanto en la persona que muerde como en la que es mordida.

El beso por contacto de los labios o de sitios próximos a éstos, según Iwan Bloch, es de origen europeo, si bien en Europa tardó mucho tiempo en hacerse usual, ateniéndonos a las narraciones y tratados amorosos de los antiguos, que sólo muy raramente hablan del beso. No obstante, creo que la afirmación de dicho autor carece de fundamento, puesto que los poetas indios, orientales y romanos, no sólo conocían el beso, sino que hablan con frecuencia de sus excepcionales efectos eróticos. Agrega que la cultura europea, al extenderse, ha propagado el beso "europeo" por contacto, el verdadero beso de los labios. "Lo que ya no se puede precisar—afirma—es si la especial afinidad que existe entre los labios y las partes sexuales, como es, por ejemplo, la aparición del vello en el labio superior del sexo masculino y también los conocidos labios gruesos y remangados, "sensuales", de las personas dotadas de un poderoso instinto sexual, es un efecto primordial o uno secundario desarrollado por la participación sexual de los labios en los actos genésicos."

Desde el punto de vista de la psicología, huelga decir que la afinidad existente entre los órganos genitales y los labios no representa ningún valor digno de tenerse en cuenta, ya que esos detalles son signos puramente físicos, a veces muy importantes como expresiones

fisiológicas para deducir del temperamento, pero no creo que ni el vello de los labios ni su carnosidad sirvan para afirmar en esta apreciación visible la predilección de un individuo por los goces eróticos. Por otra parte, la aparición del vello en los labios es una consecuencia de la plenitud de la actividad glandular, pero nunca una prueba del impulso sexual ni de la capacidad erótica tampoco. Se ha observado, ya lo hemos dicho, que en los eunucos desaparece el vello del rostro, lo mismo que en las mujeres ovariotomizadas tiende a aparecer ese vello, no sólo sobre el labio superior, sino en todo el rostro y en distintas partes del cuerpo.

Acerca de los orígenes del beso, Havelock Ellis ha realizado investigaciones muy curiosas, probando que el beso amoroso es un derivado del primitivo maternal y de la succión del niño en el pecho materno, y que también es usual en aquellos pueblos donde el beso sexual es desconocido. Por estimar de gran interés para el lector este importante aspecto de la sexualidad, reproducimos a continuación un extracto del referido trabajo:

"Entre varias especies de animales de los más inferiores, se encuentran manifestaciones semejantes al beso, puestas en juego, ya con el objeto de expresar afecto, ya para despertar las emociones sexuales. Las caricias que con las antenas se prodigan los caracoles y otros insectos durante el acto de la procreación, son de idéntica naturaleza que los besos entre los hombres. Así, refiriéndose a los urogallos y a la costumbre que tienen estas aves de mordiscarse los pies unas a otras y el interés que dicho acto, que tal vez también sirva para aliviar el escozor producido por los insectos, inspira a la pareja, dice Selous lo siguiente: "Cuando se muerden y limpian unos a otros, pudiérase decir que se acarician y se besan, a juzgar por la expresión de beatífico agrado que presentan estos pájaros." Entre los animales mamíferos, como el perro que huele, lame y suavemente muerde a su amo o a una perra, combina en estos actos la mayoría de las actividades sensorias que van envueltas en las formas varias del beso humano.

Tal y como el hombre lo practica, el beso significa muy principalmente el sentido del tacto o del olfato. En ocasiones comprende hasta cierto punto ambos elementos sensorios.

El beso tactil cierto es que es muy antiguo y primitivo. Es común en todos los mamíferos en general. El niño pequeñito tiene y sigue el impulso de llevarse todas las cosas a la boca para lamerlas o tratar de saborearlas, tal vez, como dice Compayré, porque recuerde que al

extender los labios cogía el pezón del pecho de su madre. El niño afectuoso, como dice Mantegazza, no sólo se lleva los objetos inanimados a la boca y a la lengua, sino que por un impulso propio lame a las personas que son de su agrado. Stanley, apoyado en una extensa información recogida por él sobre este punto, declaró que "algunos niños tratan de lamer las mejillas, el cuello y las manos de aquellas personas a quienes desean acariciar", o gustan de que los anima les los laman ellos. Este impulso en los niños puede ser que esté asociado al impulso maternal que mueve a algunos animales a lamer a sus crías. "La costumbre de las madres de lamer a sus pequeños", ha observado S. S. Buckman, "será tal vez la causa de que el acto de lamer vaya asociado a sentimientos de placer y de agrado. Y a más de esto, como apacigua la irritación parasítica, su práctica produce intenso placer. Pudiera muy bien ser que el deseo de la madre de lamer a sus hijitos nació, en primer lugar, de la idea de hacerle gozar del placer experimentado por ella." El impulso de lamer que tiene el niño, puede ser, pues, considerado como una manifestación que suele aparecer de nuevo en la vida adulta bajo la impresión de una fuerte impresión sexual. Esta asociación resulta de gran interés, si, como hay razón para creer, el beso del amor sexual fué en su origen un desarrollo de ese otro beso más primitivo que provenía de la madre a su hijo, pues resulta que en algunos puntos se conoce el beso maternal y se desconoce en absoluto el beso sexual.

El impulso de morder forma también parte del elemento tactil que se encuentra en el beso desde su origen.. Como demuestra Stanley Hall, los niños son aficionados a morder, pero no siempre lo hacen con objeto de demostrar su cariño. Existe además en el beso un origen claramente sexual que evocar, pues entre muchos animales el macho se sirve de los dientes (y entre los pájaros del pico) para sostener con mayor firmeza a la hembra durante el acto carnal. El beso, tal y como se le conoce en Europa, se ha desarrollado sobre una base sensoria principalmente tactil, aun cuando puede existir y existe a veces el elemento olfatorio también. El beso en esta forma, que es en general entre nosotros, no se conoce en los pueblos salvajes y faltos de cultura. Trazas de él se encuentran en la antigüedad ariana y en la semítica, pero no en una forma muy pronunciada; Homero apenas le conoció y los poetas griegos rara vez hacen mención de él. En cambio hoy en día se le practica por toda Europa, excepto en Laponia. Y, sin embargo, en la misma Europa resulta ser un descubrimiento relativamente moderno; en las lenguas celtas, según dice

Rhys, no se encuentra la palabra "beso", empleándose en su lugar la palabra latina *pax*.

En un período bastante remoto, no obstante, los *cymri* del país de Gales llegaron a conocer la costumbre del beso; pero considerándolo como una cosa muy grave, se hacía un uso muy moderado de él, autorizándolo la ley en ocasiones especiales,como en ciertos juegos y en determinadas fiestas; por lo demás, la mujer que se permitía besar a hombre alguno que no fuera su esposo, podía ser repudiada por éste.

En toda el Asia oriental es desconocido el beso, cosa que puede apreciarse por la literatura japonesa, en la que jamás se hace mención de besos ni de abrazos. "Los besos y los abrazos son desconocidos en el Japón como demostraciones de afecto", dice Lafcadio Hearn, "exceptuando el hecho único de las madres japonesas, las que, como todas las madres del mundo, besan y abrazan a sus hijitos de continuo. Una vez pasada la primera infancia ya no hay más demostraciones de afecto de esta índole, por considerarlas sumamente inmodestas, salvo cuando de niños pequeños se trata. Jamás se besan las jovencitas entre sí y jamás besan los padres a aquellos de sus hijos que ya pueden andar solos." Esto es completamente verídico y así se practica por personas de todas clases; el apretón de manos es también una costumbre extraña en ellos. Cuando se ven dos personas después de mucho tiempo de ausencia, dice Hearn que se sonríen unos a otros; quizá vierten algunas lágrimas y hasta se dan suavemente golpecitos en la espalda, pero de ahí no pasan. El cariño japonés "se demuestra con actos de exquisita cortesía y bondad". En la mayoría de las razas negras de Africa, los amantes no se besan, ni siquiera las madres suelen besar a sus hijos. Entre los indios americanos el beso tactil se desconoce casi; sólo en algunos puntos, aquí y allí, como entre los fuegianos, por ejemplo, los amantes se rozan unos con otros las mejillas. El beso es costumbre desconocida entre los malayos. En North Queesland, sin embargo, según afirma Roth, dicha costumbre se practica entre las madres (los padres no) y los hijos y también entre esposos; pero lo que no ha sabido decirnos Roth es si se trata de una costumbre introducida en dicho pueblo por persona sextranjeras. Añade este señor que en la lengua "Pitta-Pitta" existe la palabra beso.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en muchos lugares en donde el beso tactil tal y como nosotros le conocemos suele decirse que es desconocido, existe dicha costumbre, no obstante, cuando de

las madres para con sus hijos se trate, y este hecho sirve, al parecer, de base a la idea sostenida por Lombroso de que el beso del amante tuvo su origen en el beso maternal. Así se sabe que los zulús besan a los niños pequeños en ambas mejillas y entre los fuegianos, las madres besan a sus hijitos.

En la misma Europa, y en la época medieval, el beso no era conocido, al parecer, extensamente como una manifestación de amor sexual, se le consideraba como un refinamiento amoroso que sólo practicaban las personas de las clases más elevadas y cultas. En el viejo romance de *Glas gerion*, la dama sospechó que su secreto visitador era un palurdo y no el caballero que pretendía ser, porque cuando llegó, en el lugar de su amo, a pasar la noche con ella, no la besó al entrar ni al marcharse, contentándose con hacerla un hijo. Sólo al alcanzar un grado relativamente elevado de civilización es cuando el beso se ha refinado y desarrollado en el arte del amor. Así, el autor árabe del *Jardín Perfumado*, obra que revela la existencia de un alto grado de refinamiento social, insiste acerca de la importancia que tiene el beso, sobre todo cuando se da en el interior de la boca, y cita a propósito de esto un proverbio que dice: "Un beso húmedo es mejor que un coito con precipitación." Esta clase de besos, así como los que se dan en el rostro y en el cuerpo en general, han sido citados con frecuencia por los escritores eróticos, indios, latinos y otros más modernos, como los medios más eficaces para despertar el amor.

Una razón que tal vez haya dificultado el desarrollo del beso en la dirección sexual, ha sido el hecho de ser en gran parte empleado en Oriente para las ceremonias religiosas; de modo que, como es de suponer, sus cualidades eróticas no podían ser explotadas. Entre los primeros árabes se adoraba a los dioses por medio de un beso. Este era el medio usual de saludar a los dioses caseros al entrar y al salir de las viviendas. En Roma el beso era más bien una señal de reverencia y respeto que un medio de excitación sexual. Entre los primeros cristianos tenía un significado casi sacramental y aun conserva su antigua y seria significación en algunas costumbres de las iglesias occidentales y más aún en las orientales: en ellas se besan las reliquias de los santos, el pie de los Papas, las manos de los obispos, de igual modo que los griegos de la antigüedad besaban a las imágenes de los dioses. En otras partes del mundo parece ser que el beso tiene un carácter ritual y sagrado, formando parte de las ceremonias de la iniciación de las jóvenes en su primera menstruación; es costumbre que entonces

las mujeres del pueblo las besen en las mejillas, el monte de Venus y los labios mayores.

Hasta aquí sólo nos hemos venido ocupando del beso tactil, el cual se supone a veces que apareció por primera vez, y en tiempos muy lejanos, por el Este del Mediterráneo—allí donde el vasallo besaba a su señor y donde se conocía el beso de amor, como sabemos por el *Cantar de los Cantares*—y ha ido poco a poco introduciéndose por toda Europa. Pero en una parte mucho más grande del mundo, y aun en un rincón de Europa (Laponia, y también los Yakuts de Rusia) existe y rige otra clase de saludo: el beso olfatorio.

Este varía en la forma, según las regiones distintas, y a veces simula el beso tactil, pero tal y como existe en la China, en donde ha sido cuidadosamente estudiado por d'Enjoy, puede decirse que consta de tres fases: a), la nariz se aplica a la mejilla de la persona amada; b), sigue a esto una inspiración nasal muy prolongada, acompañada de un descendimiento de los párpados; c), y se termina con un suave rechupar de los labios, sin aplicar la boca a la mejilla acariciada. Todo este procedimiento, opina d'Enjoy que está fundado en el deseo sexual y en el deseo de comer, empleándose en ambos terrenos el sentido del olfato.

En la misma forma descrita por d'Enjoy tenemos la variedad del beso olfatorio tal y como lo practican en Mongolia. Los chinos encuentran que es odioso el beso europeo, el cual suponen feroz y salvaje, tanto, que las madres amarillas de las colonias francesas suelen aun asustar a sus hijos amenazándoles con darles el beso de los hombres blancos. Los chinos opinan que los besos que ellos acostumbran a dar son en extremo voluptuosos, que sólo se deben practicar, tratándose de amantes, y no sólo se abstienen los padres de besar a sus hijos una vez que han pasado de la primera niñez, sino que las propias madres, rara vez y ocultas, besan a sus hijos. Entre algunas de las tribus del sudeste de la India, se practica también el beso olfatorio, aplicándose la nariz a la mejilla al hacer el saludo, con una prolongada inhalación; allí, en lugar de decir "bésame", se dice "huéleme". (Lámina I.)

Los tamiles, según me cuenta un corresponsal médico de Ceylan, no se besan durante el coito, sino que se frotan uno con otro las narices y se lamen los labios y la lengua.

El beso olfatorio se conoce también en Africa; en Gambia, cuando un hombre saluda a una mujer, la coge la mano y se la lleva a la nariz para olerla dos veces. Entre los "jekris" de la Costa del Niger, las madres frotan a sus hijitos con la mejilla y con la boca, además

de acariciarlos, abrazarlos y estrujarlos. Los swailis practican un beso olfatorio, y a los chicos jóvenes se les acostumbra a recoger las ropas en presencia de las mujeres, para que éstas, ligeramente, huelan el pene; el niño que hace esto, se dice que está "dando tabaco".

Entre los indios de una gran parte de América se desconoce en absoluto la costumbre de besar. Im Thirn asegura que la ignoran los indios de Guiada, y en otro extremo de la América del Sur, también la desconocen los fuegianos. En Norte América practican el beso olfatorio los esquimales y tambien se ha observado entre algunas tribus indias. En la Polinesia es igualmente conocido. En Samoa el besar consistía en oler. En Nueva Zelanda, también el *hongi* u opresión de la nariz era el beso de bienvenida, de pésame y de simpatía. En el archipiélago malayo, dícese que emplean la misma palabra para saludar que para oler. En Borneo, el besar consiste en una forma de olfato, empleándose para ello la palabra "oler", aunque esta costumbre la practican los amantes estando solos. Como se ve—termina diciendo—, el beso olfatorio se halla mucho más extendido que el beso tactil de Europa. En su desarrollo más completo, sin embargo, se encuentra entre los pueblos de la raza mongólica, o entre los pueblos relacionados con ellos." (Havelock Ellis, *Sexual Selection in Man.*)

El doctor Malinowski que ha vivido muchos años entre los trobriandeses de la Nueva Guinea inglesa, en su obra *La vida sexual de los salvajes* (Morata, Madrid 1932), se ocupa también de las caricias eróticas, y con relación al beso, dice: "El lugar que ocupa el beso en las comunidades de los mares del Sur ofrece un interés general y siempre actual. Generalmente se cree que el beso no se practica fuera del horizonte hindo-europeo. Los que estudian la antropología, así como los aficionados a la ópera cómica, saben que hasta en civilizaciones tan avanzadas como las de China y el Japón, el beso es un gesto desconocido en el arte de amar. Un europeo se estremece a la sola idea de semejante inferioridad cultural. Apresurémonos a decir, para consolarlo, que las cosas no son tan graves como él cree.

Si se quiere apreciar bien los hechos y verlos en su perspectiva adecuada, es menester formular la cuestión en términos más precisos. ¿Queremos saber si los labios participan en los gestos y caricias que acompañan al amor? Pues bien, esta participación es indudable. Veremos que, en efecto, la boca participa en las caricias preliminares no menos que en las fases más avanzadas. Pero por otra, si definimos el beso de una manera más precisa, como una presión prolongada de una boca con otra (y creo que todas las autoridades competentes admi-

tirán esta definición, lo mismo que admitirán la proposición que el beso, así definido, constituye uno de los principales preliminares eróticos en Europa y los Estados Unidos), sería preciso convenir que, bajo esta forma, es desconocido en las islas Trobriand. Lo cierto es que el beso no constituye nunca una fuente de placer independiente y que se baste a si misma, ni una fase preliminar definida de las relaciones amorosas, como sucede entre nosotros. Los indígenas no me hablaron nunca espontáneamente de esta caricia, y todas las preguntas directas referentes a ella, me fueron contestadas con una respuesta negativa. Sin embargo, los indígenas saben que los blancos "permanecer sentados, juntas boca con boca, les gusta esto". Pero ven en ello una diversión más bien insípida y absurda.

En el sentido más limitado de la palabra, el beso, como símbolo cultural, medio de salutación, expresión de afecto o acto mágico y ritual, no existe para ellos. El frotamiento de las narices a manera de salutación es raro, y sólo se practica entre parientes muy cercanos; dicen que se saludan así padres e hijos, marido y mujer, cuando se reunen después de una separación larga. Una madre que se dispone a arrullar a su hijo, lo acaricia a menudo con la mejilla o los labios, respira sobre él, o bien, abriendo la boca, la pasa suavemente por su piel a guisa de caricia. Pero el beso propiamente dicho, conforme a la técnica que nos es familiar, no existe de la madre al hijo, y, cualquiera que sea su forma, dista mucho de tener entre los indígenas la importancia tan considerable que tiene entre nosotros.

La ausencia del beso en este sentido limitado, acentúa la diferencia que existe, desde el punto de vista amoroso, entre los indígenas y nosotros. Estoy convencido de que los primeros no se entregan nunca a las caricias como a actos que hallen su satisfacción en si mismos, es decir, como a gestos que formen una fase aparte y que cubren un largo período de tiempo, fuera de todo contacto físico más íntimo. Es éste un carácter local y no racial, pues estoy igualmente persuadido que entre los otros melanesios, dos amantes se contentan a menudo con encontrarse juntos, acostarse uno al lado del otro, y acariciarse recíprocamente, sin cohabitar."

En cuanto a los preliminares del acto sexual, dice que "cuando la pareja está segura de no ser vista, la mujer se despoja de su falda y el hombre se quita la hoja púbica. Al principio permanecerán sentados o tendidos el uno al lado del otro, acariciándose recíprocamente, pasando cada cual sus manos por la piel de su compañero. A veces, permanecen tendidos de modo que sus cuerpos se toquen, enlazados

los brazos y las piernas. Pueden mantenerse en esta posición mucho tiempo, confesándose su amor con frases cariñosas y provocándose mutuamente. En este estrecho contacto, frotan sus narices una contra otra y también sus mejillas y sus bocas. A medida que las caricias se hacen más apasionadas, la boca interviene más activamente; se chupan la lengua, se frotan lengua contra lengua, se chupan y muerden los labios inferiores hasta hacerse sangre, y dejan que la saliva pase de una boca a otra."

Vemos que el beso no es una modalidad practicada por todos los pueblos. Pero ello no quiere decir que en sustitución de dicha fórmula no existan otras de distinta expresión, igual o más intensamente excitables. Las caricias que describe Malinowski como preludio del acto sexual, si bien no comprenden al beso que nosotros practicamos, esencialmente tactil, parecen reemplazarse por las frotaciones de la nariz e incluso por el "cataglotismo" o introducción de la lengua en la cavidad bucal, que, seguramente, se traducirán en sensaciones olfativas y gustativas.

Si, como parece, las sensaciones olfativas juegan un papel tan predominante, no cabe duda que nos encontramos ante un hecho digno de atención: la proximidad del instinto de los salvajes al de las razas más primitivas e incluso a los animales, cuyo sentido del olfato suele estar desarrollado hasta unos extremos inconcebibles e imperceptibles también para la nariz de un hombre civilizado. Si entre las razas superiores el sentido del olfato tiene una importancia que se limita, generalmente, a la percepción de las emanaciones puramente sexuales, esto es, las secreciones vaginales y vulvares, para un trobriandés y para los demás pueblos que practiquen esta clase de beso, es fácil que los olores desprendidos de los labios y la boca asuman los caracteres de un prestigioso excitante sexual que sólo su fino olfato es capaz de percibir. En este caso, habíamos de reconocer que esa mayor sensibilidad perceptiva de los olores es más fina, más delicada y más "elegante" que la nuestra, ya que los civilizados necesitamos de estímulos más penetrantes, más intensos y menos finos que los que son necesarios a la tumescencia de esos salvajes.

Si hemos de creer a Malinowski, estos salvajes muestran una repugnancia enorme por toda clase de perversiones sexuales, no admitiendo más que el acto normal, esto es, la cópula. Ni el *cunnilingus* ni la *fellatio* parecen llamarles la atención, extravíos o métodos, hasta cierto punto naturales, que ejecutan los civilizados e incluso otros pueblos que no lo están. Luego si tenemos en cuenta estas circunstan-

cias, y, como veremos en otro capítulo, el placer sexual conduce a los trobriandeses a extremos sádico-masoquistas que a nosotros nos asustarían, ¿es posible negar que sus emociones sexuales sean vigorosas e intensas? No cabe duda entonces, que esa forma de beso, aunque a nosotros nos parezca absurda, reune una ellos las condiciones que los civilizados encontramos en el beso conocido, esto es, el contacto de labios contra labios, o su aposición a los centros sexuales primarios.

Esto no quiere decir, ni esa es nuestra intención, que el desconocimiento del beso que nosotros practicamos sea una prueba de que no se practican otros contactos que no sean específicamente sexuales, porque el *cunnilingus* y la *fellatio* (1), compendio, a veces, de las máximas voluptuosidades eróticas, son bien conocidos por pueblos salvajes, e incluso perfectamente civilizados, como es el Japón, donde el beso, según nosotros lo empleamos, equivale poco menos que a un acto de canibalismo, y siempre a una fórmula repugnante y obscena que a esas gentes resulta totalmente imposible asociar con la erótica en sentido favorable, y que son, a su juicio, francas perversiones sexuales.

Entre los animales, conforme a las pautas trazadas por Havelock Ellis en el resumen que hacemos de su interesante trabajo acerca de los orígenes del beso, se encuentra también el beso tactil y el beso olfatorio, aunque el primero, algunas veces, más pueda compararse a un método de cosquilleo que al contacto de unos órganos sexualmente sensorios, como ocurre entre los urogallos y otros animales que experimentan placer cuando s les rasca o se les libra de los parásitos molestos.

Acerca del beso como estimulante aplicado en otras zonas erógenas, como los pechos, los oídos, los ojos, las axilas y los órganos sexuales, puede decirse que su expresión es equivalente a la de otra caricia cualquiera, pero, a lo que hay que añadir—de aquí su mayor importancia—la consciencia, por parte de la persona acariciada, de que la caricia se hace, precisamente, "con los labios". En este caso, tanta importancia tienen los factores netamente sensorios como los psíquicos para experimentar la mayor emoción en la caricia. También estos besos, francamente excitantes, pueden producir un cosquilleo agradable con reflejos sexuales normales. Sé de una joven negra a

(1) Véase el volumen titulado *La intensidad del placer*, donde se estudian con toda amplitud estos métodos del placer sexual. (Nota del editor.)

quien los besos aplicados en su cuerpo no la producían la más mínima excitación, a no ser que fuese sobre los órganos sexuales. Ella, por el contrario, experimentaba bastante placer besando a un hombre que fuese de su agrado. Esta diferencia puede explicarse por el hecho de que la piel de los negros es menos sensible al tacto que la de los blancos, lo cual está suficientemente demostrado. Por esto me atrevo a creer que algunas razas negras no practican el beso en el terreno sexual, aunque lo conocen en los demás aspectos del cariño familiar y de la amistad, pero como una fórmula de cortesía de fundamento religioso o mágico completamente desvinculada de los motivos de la sexualidad, ni porque lleve consigo cualquier emoción, ni porque pueda considerársela como repugnante, como sucede entre los amarillos. Y, para resumirlo mejor, diremos, que, en todo caso, un negro puede experimentar placer besando, pero no tanto recibiendo los besos, a no ser que sea de boca a boca o en otros lugares donde la piel tiende a fundirse con las membranas mucosas de los diferentes orificios del cuerpo.

A pesar de que en el Japón el beso sexual no se practica, "a no ser como una perversión del impulso", la influencia de Occidente parece haber modificado un tanto los conceptos tradicionales que acerca de esta caricia se sienten en el imperio del Sol Naciente. Una amiga japonesa, muy inteligente, que conocía a la perfección el beso europeo, me decía en una ocasión, "que si sus compatriotas conociesen el prestigio del beso de los blancos, al poco tiempo, las numerosas islas del archipiélago se hundirían bajo el peso de sus habitantes".

Esta mujer, escritora, había viajado mucho por Europa y América, asimilando nuestras costumbres sexuales de las que decía que, a su juicio, eran menos estéticas pero más violentas que las de su país, no explicándose las razones o motivos que tenían los hombres para no expresar espontáneamente sus deseos a las mujeres a quienes amaban, lo que debía ser causa de la violencia de nuestras pasiones sexuales.

Y ya que hablamos del beso en el Japón, cuyas costumbres he tenido ocasión de estudiar con algún detenimiento, transcribiré un fragmento de mi novela sobre la sexualidad japonesa titulada *La Esfinge del Yoshiwara*, en labios de cuyos personajes centrales—él europeo y ella japonesa—, pongo los siguientes párrafos:

"—No lo dudes, Hana-Kiu. Para mí no existe nada más grandioso ni más sublime que sentir bajo mi pecho el contacto de la carne desnuda y ardiente de la mujer adorada que se extremece de placer, y,

sobre todo, que enlaza su boca con la nuestra al glorioso acicate de una caricia que equivale a beber en sus labios al esencia de la vida. Y es que el beso, el beso sabio, es cuchillo y es llama que desgarra y quema allí donde se posa... Y su dolor, llevado al límite de la exaltación suprema, parece que va a matarnos de dicha al convertirse en deleite. ¿Quién niega su insigne prestigio al más bello homenaje del amor?... ¿Y qué somos los mortales sino la esencia de un beso?... Los besos en la boca, en los senos, sobre los párpados entornados por una emoción delirante, sobre la comba tersa del vientre, sobre la bella rosa del sexo, son como el preludio que ennoblece y borra todo materialismo al más dulce pecado, cuando se comete en la fiel armonía de dos almas fundidas en el purísimo anhelo de consumar el acto más grandioso para que fueron creadas... Después, cuando al imperio poderoso del supremo instante sucede la laxitud de la carne agradecida, la conciencia se inunda en un baño balsámico y fecundo de bienestar moral. Algo así como el placer inédito del deber cumplido. Y luego, vuelta a empezar por los besos. ¿No es cierto, mi adorable Hana-Kiu?...

—No lo sé—repuso."

En efecto, sólo en las casas de los barrios galantes, es donde los occidentales pueden practicar esta caricia, sin que sus deseos llamen demasiado la atención. Pero aquél que sugestionado por una honesta belleza nipona, aunque vista a la europea y hable lenguas occidentales, si intenta con ella ese gesto elemental del flirt, habrá perdido una amistad para siempre, ya que la petición del beso, equivale, por sí sola, a la más deshonesta de las proposiciones en el aspecto de la sexualidad. La célebre artista de la pantalla Anna May Wong, aunque educada en los Estados Unidos, no podía negar su nacionalidad china en este aspecto. Según uno de sus biógrafos, mientras hubo de interpretar papeles en los que el amor no era para ella el aspecto principal, las cosas marcharon bien; pero en cuanto tuvo precisión de enamorarse de sus *partenaires,* fué necesario suprimir los besos en las escenas de amor, por sentir una invencible repugnancia hacia aquella caricia tan incompatible con sus sentimientos de la delicadeza y del honor. Al cabo de mucho tiempo hubo de modificar un tanto su criterio, y hasta la época de su máximo apogeo no permitió que sus labios fuesen mancillados por el repugnante beso de los occidentales. (Lámina II).

Todavía esta actriz, admitía el beso rápido, casi furtivo; pero nunca aceptó de buen grado el beso *cinematográfico,* ese beso casi

mordente y brutal que tanto entusiasma a las jóvenes modernas, aunque, en realidad, es frío y convencional, y medido, no por la intensidad de la pasión, sino por las vueltas del aparato tomavistas. (Lámina III).

Y ya que hablamos del beso cinematográfico, intentemos analizarle desde el punto de vista psicológico, si es que es posible mezclar a la psicología en la expresión convencional y artificiosa de estas caricias sugestivas, pero que, no obstante, desempeñan un papel de excitación bastante digno de interés, "por reflejo", esto es, como excitante espectacular, aunque en nada altere la calma de los protagonistas.



CLARA BOW.

Algunos artistas cinematográficos elogian el ardor que la bella pelirroja pone en sus besos cinematográficos, en contraste con la verdadera frialdad de los de la Garbo.



MURIEL EVANS.

Es una «ingenua», cuyos besos, por ser los elementales en la ciencia de las caricias, parecen más sinceros, porque son menos sexuales, y, por lo tanto, los que más agradan a los idealistas.

LAMINA VI

EL BESO EN EL CINEMA

No tiene importancia sexual.—Desemejanza con el beso real.—Su técnica nace del amor.—La complicidad de otras caricias.—Las vampiresas. Greta Garbo.—Los besos de la Garbo y los de la Clara Bow. — Consecuencias antiestéticas del beso.—La excitación de los espectadores.—Confesión de una homosexual.—Admiradoras de las artistas.—Sugerencias del beso cinematográfico.—El beso de las ingenuas.—La actitud de los asiáticos.

VEAMOS, en primer lugar, en qué consiste el beso desde el punto de vista del objetivo cinematográfico.

Entre los meridionales de Europa, esta caricia entre un hombre y una mujer de edades aproximadas, no siendo hermanos, se considera como un pecado casi siempre, y siempre como una inmoralidad. En aquellas familias en las que la vieja moral continúa en uso, el cinematógrafo, con sus licencias, con sus audacias y sus expresiones lógicas de modernidad, no es más que un espectáculo disoluto e inadmisible, y "escuela de muchos vicios". No cabe duda que en este punto, hemos de coincidir con la apreciación de las púdicas familias que, a pesar de todo, no acaban de comprender que aquellas escenas alarmantes son puramente convencionales y obedecen a la táctica prevista por el director de la farsa.

Pero, contra lo que la opinión cree, el beso cinematográfico en sí, ese gesto que constituye el ideal de tantos jóvenes que ansían emular al Gilbert y a la Garbo, casi siempre con el único anhelo de besar y ser besados sin otras ambiciones de gloria más productivas, ese beso, carece de importancia sexual en absoluto, porque si la tuviese, sería, entre otras cosas, antiestético, y, por lo tanto, "cinematográficamente impracticable". El beso tiene muy distintas gradaciones: desde el primer beso que se "roba" a una novia casta hasta el beso apasionado que dá una amante tipo "vampiresa", hay un sinnúmero de variedades, que sirven para medir la tensión sexual de ambas partes.

Al comienzo de unas relaciones amorosas, cuando en principio es el amor sentimental el marco en que están encajadas, el beso está lleno de ternura, de sentimentalismo, de amor de los idealistas. Fuera del roce de los labios, no existen por lo general, otros contactos de mayor significación erótica, ya que el pudor de ella ha de estar en íntima relación con la audacia del amante, pues si actuase de una manera diferente, es fácil que la joven, ciertamente vulnerada en sus sentimientos de pudor natural, rechazase al impetuoso enamorado en vista de la evidente desproporción entre ambos sentimientos, puesto que la actitud lógica de ella sería de franca pasividad. Pero más adelante, cuando las relaciones empiezan a asentarse sobre las bases naturales de esa mezcla armoniosa de idealismo y de sexualidad, las cosas ocurren de distinta manera. Entre el primer beso y el último, entendiendo por tal a aquellas caricias que reclama el impulso sexual específico, media un abismo enorme. En esa altura de las relaciones preconyugales, al idealismo de los primeros tiempos ha sustituido la voz de la naturaleza que constantemente reclama el pago de sus fueros, porque es lógico que así suceda.

Tenemos, pues, que el cinematógrafo es o pretende ser un trasunto fidelísimo de la vida real. Pero en las películas de exhibición pública —ya que también las hay "privadas", francamente pornográficas—, no es posible transcribir con fidelidad todos los detalles y emociones que acompañan al amor, sobre todo cuando los actores fingen las escenas del "último" beso, o sea aquel que sirve de gesto inicial para las naturales relaciones subsiguientes a la parte puramente psíquica de las anteriores, cuyo fin se presenta inminente.

Los actores de la pantalla fingen perfectamente todo el panorama de la vida, pero para un mediano psicólogo o un simple observador que conozca estas cuestiones, las interpretaciones del amor en sus diversos matices—y todas las películas tienen por base al amor—, no pueden ser, por mucho que los artistas se esfuercen, lo justas y emotivas que son en sí. Si por cualquier medio fuese posible impresionar esas escenas sin que sus protagonistas lo advirtiesen, veríamos cuánta diferencia existía entre la realidad y la ficción. En la primera época, en los primeros besos, aunque los protagonistas en su vida íntima hayan practicado entre sí todas las suertes del amor, no hay duda que esos besos castos, esas caricias que el amor les reclama, son fáciles de fingir, puesto que, como decíamos antes, [illegible] la etapa preliminar, el papel de la mujer—la modestia, el pudor, la propia estimación—, la impide, por lo menos, pedir más, y a él, iniciado o no en

el amor, el respeto que le inspira ella, aunque su temperamento le reclame otra cosa, no le permite tampoco ir más allá en sus legítimos deseos. No obstante, estos besos tranquilos y breves que se clavan en el alma sin rozar a la carne, son los síntomas del proceso amoroso, cuya evolución no suele detenerse sino cuando los amantes han saboreado las distintas gradaciones del último beso. Esto es, que el beso que empieza, indefectiblemente, acaba. No es decir con esto que los amantes que han comenzado unas relaciones bajo los auspicios mejores y también bajo el signo de la castidad, hayan de llegar a la consumación del contacto carnal; pero lo que queremos decir es, que del "último" beso al acto sexual completo, la distancia que existe es poco notable.

Esas expresiones lógicas, no puede reflejarlas el cinematógrafo. En las caricias de amor "cinematográfico", falta el factor... amor. Si el amor existiese, o, dicho más concretamente, si el deseo sexual íntimo de los actores formase parte en sus temperamentos fuera del marco convencional de los hechos, ese deseo, esa tensión sexual, no podría ser disimulada ni cohibida por la presencia del director de escena, los operadores y toda la legión de actores y espectadores que asisten por lo general a la impresión de un film.

Ya hemos hablado antes de la atracción que para el hombre ejercen los pechos de una mujer cualquiera, y nos hemos referido a las bases de tal hecho incuestionable. Así pues, para que el beso fuese completo, sería necesario que el actor "fingiese" también acariciar los pechos de la supuesta amante que simula morir de amor en sus brazos en la ofrenda tácita de toda ella. Y volviendo al punto de la sensibilidad tactil de esta zona erógena de la mujer, ¿sería posible que esas caricias de tan elevado prestigio sexual pudieran encajar perfectamente en la ficción?...

Hemos ido muy lejos en nuestra suposición, puesto que el beso del cinema es *sintético,* o, a lo sumo, combinado con el abrazo, sin que puedan admitirse esas modalidades accesorias que hemos de considerar fundamentales. Así pues, al faltarle al beso las modalidades tactiles dichas, puesto que de existir, las escenas serían justamente reputadas de pornográficas e inmorales, nos es permitido negar al beso cinematográfico el valor de una completa imitación de la realidad, relacionándole, naturalmente, con la sexualidad.

Cuando más se advierte lo grosero de la ficción, es en esas películas en que las acreditadas "vampiresas" del celuloide derrochan, a sangre fría, todas las artes sutiles de la seducción y de la excitación.

Los gestos, las miradas, las poses, las *deshabillés*, todo, en fin, es un compendio de excitaciones a los placeres de la sexualidad, pero no a ese amor tranquilo y reposado del espíritu, sino a la pasión arrolladora, vehemente y roja de la carne que palpita de deseo. La vampiresa más célebre, o al menos, la más celebrada, ha sido la sueca Greta Garbo. (Lámina IV).

En casi todas las escenas en que la sugestiva farsante actuaba dentro de esa personalidad, de ese "papel", que ella creó, un psicólogo advertirá en la mujer—prescindiendo de la artista— no pocos de los signos del temperamento frígido. Hay quien ha asegurado que la Greta Garbo no parecía estar bien orientada en el camino sexual. Pero sea como fuere, ese fatalismo de su gesto, esa displicencia de sus ademanes, revelan, si no un temperamento sexual frío, al menos un temperamento calculador, reflexivo, de hielo. Sus besos de la pantalla son de gran efecto, no cabe duda; pero demasiado estudiados, demasiado... "técnicos" para asemejarse a los de las "mujeres fatales"—si es que existen—de la vida real. El beso de la Greta Garbo, quiere ser, por encima de todo, crudamente sexual. Yo creo que esta y no otra es la razón de que sea admirada, incluso por las mujeres homosexuales que ven en ella un símbolo de la aversión masculina, aunque así no sea la genial actriz nórdica.

Y, después de todo, aunque en amor parezca una insaciable, yo creo que no va más allá de ser una insatisfecha, y eso porque en su rostro de serena tristeza, de eterna meditación, se advierte, no quisiera equivocarme, la ansiedad de una emoción "hecha para ella", pero que acaso no exista, o por ser demasiado sublime o tal vez demasiado imposible: hay en su semblante algo así como el rastro de un dolor hecho de renunciaciones. Francisco Ayala, un moderno escritor español de pluma elegante y ágil, acerca de Greta Garbo, dice: "Greta Garbo es un alma ardiente como la nieve. Descendió de las tierras blancas—inocentes y crueles, igual que ella—y aun no sabía, perdida en intentos líricos, cuál era la raíz dramática de su sangre y de la raíz de su pelo. Sólo cuando—a la luz cruda de esos quirófanos que son los estudios de cine—se descubrió en ella la presencia terrible de una fatalidad, pudo advertirse tan exacto paralelismo entre los desiertos blancos y el riguroso—también blanco—Sahara. Fué la luz azul—fría, perfilada—de los estudios la que puso a flote esa dualidad por la que sabe darse y negarse a un tiempo mismo, tácita, como si jugara con su sombra. Juego desvelado, atroz y mudo forcejeo, en que su sonrisa egipcia, glacial, levanta sueños de rugiente calentura;

vendavales de arena que sacuden el árbol de coral de las venas y queman como una lluvia de botones de fuego. Circe nórdica, conserva en su pecho el rumor gemelo de dos caracolas: vibración, pura transparencia, pura irrealidad. Porque en Greta la carne es también espíritu. Uno: el suyo. Como las contorsionistas de circo asoman la cabeza—arañas prisioneras—por entre los muslos, así ella sonríe, milenaria y sedienta, desde su inteligencia hecha carne, en trance idéntico de transposición. Es *el demonio de la carne*, el espíritu de la carne. A su mirada, azul y traidora cristalera, asoma la calma de una fatalidad a la que no puede—ella menos que nadie—sustraerse. Ella continúa inocente, víctima. En Greta Garbo cuaja de manera definitiva el mito cinematográfico—y eterno— de la *mujer fatal.*" (Francisco Ayala, *Indagaciones del cinema*, "Mundo Latino").

El escritor encuentra en ella todas esas contradicciones. La imagen más acertada—y todas lo son—, es aquella en que la compara con las artistas de circo "que asoman la cabeza entre los muslos". Esto es, que sobre el sexo, mejor que el corazón, tiene la cabeza. La Greta ha hecho de su frigidez su suerte: otras mujeres hacen de ella su desgracia y la de sus maridos: la frigidez sexual, como se ve, puede servir para muchas cosas.

La boca, los labios de esta actriz, no son nada castos, no son nada púdicos. Si los signos externos del temperamento tuviesen un valor indiscutible, diríamos que la boca de la Greta era sensuales. Mas a pesar de todo, ya vemos que no es así. Sus labios dan una exquisita sensación de blandura, de pulpa de fruta en sazón. Y yo creo que su mayor atractivo erótico, está en esa humedad constante que los anima y da vida: es la única nota de fuego en toda su expresión de nieve.

Esos jóvenes que se emocionan tan intensamente ante el espectáculo de un beso de la artista sueca, creyendo que necesariamente ha de ser tanto como el principio del fin, se equivocan. Un actor de la pantalla decía, que, a pesar de todo, los besos de la Greta Garbo, eran los más castos que había recibido, y eso que la escena se prolongaba durante algunos metros... En cambio, de la boca y de los besos de Clara Bow, hacía los más calurosos elogios, puesto que la pelirroja, por lo visto, "besa con más sinceridad y pone más interés en el papel que está desempeñando". (Lámina V).

Pero tampoco admito como real la opinión de este actor, puesto que la *sinceridad* es una expresión incompatible con el *interés* que el director de escena reclama de los artistas. Esto, naturalmente, en el caso de que ambos no estén enamorados, lo que raramente ocurre,

si tenemos en cuenta que esos directores no ignoran el peligro que encierra para la interpretación de una escena de esta naturaleza, el hecho de que los actores pusieran en juego una sinceridad evidente. En una película en la que el personaje central masculino vestía un uniforme blanco muy ajustado, los espectadores tuvieron ocasión de emitir críticas bastante acerbas a seguidas de un beso cambiado con la protagonista, que, por lo menos en él, dejó de ser cinematográfico para denotar bien a las claras su efecto tumescente. Si mal no recuerdo, la película a que aludo estaba interpretada por artistas españoles.

Luego este "incidente", hasta cierto punto natural, del beso cinematográfico, no cabe duda que lleva en sí un elemento antiestético para los espectadores de la escena. Siempre se ha presentado este punto como un problema muy difícil de resolver por los directores de estos films en los que las manifestaciones amorosas no deben tener otros límites que los impuestos por la moral de las costumbres. Exigir a los actores que pongan el alma en un beso, pero con la prohibición absoluta de que la carne intervenga en estas expansiones, es una utopía. Por eso se ha recurrido al beso de los primeros planos, cuando sólo son los rostros lo que se observa; aparte de otras razones técnicas, las del reflejo sexual no son menos importantes.

Nuevamente, al estudiar este aspecto de la sexualidad, nos encontramos con el factor temperamento. En la mujer, los reflejos aludidos no tienen expresiones antiestéticas como en el hombre, aunque en algunos casos se ha podido observar la erectibilidad del pezón que casi siempre va unida a la excitación sexual. Este detalle puede advertirse en las actrices jóvenes que aún no han llegado a asimilar las características de esa "segunda naturaleza" que el arte impone, y que, a la larga, no tratándose de mujeres de gran temperamento, llega a convertirse en naturaleza propia, en naturaleza eje, la cual se manifiesta en lo sucesivo fuera de los escenarios como si siempre estuvieran ante la mirada inquisitiva del director de escena.

Pero, después de todo, tornamos al punto de partida: el beso cinematográfico, no es más que una imitación imperfecta del beso real de dos enamorados auténticos. Ahora bien, este es un detalle que no tiene importancia para los espectadores en la parte que se refiere al elemento excitación que llevan consigo estas escenas de caricias íntimas. Generalmente, el beso del cinema, cuando se practica por las estrellas más acreditadas, se refleja en la esfera sexual de todos los espectadores que asisten a la proyección, y no hay un sólo punto de esa esfera que no reaccione más o menos enérgicamente ante el espectáculo. En el sexo femenino, lo mismo la que es frígida que la que no lo es, experimenta alguna emoción, bien grata o bien de repulsa, pero rara vez puede decirse que se limite a la indiferencia. Una frígida, sentirá cierta repugnancia por aquel gesto de la actriz, gesto que no puede parecerle estético, porque ella no ha sentido la necesidad de imitarla, pero nunca se recluirá en un gesto indiferente. Y de la mujer de temperamento sexual muy desarrollado, no digamos: una joven ligeramente neurótica de aficiones homosexuales, me hizo en una ocasión la confesión siguiente: "Pocas veces me llama la atención la figura del actor principal, pero todo mi interés se encamina a estudiar los gestos y expresiones de su *partenaire* femenino. Una de las actrices que tiene para mí más atractivos estéticos, a pesar de que no es nada elegante, es la Pola Negri: esta mujer debiera de haber nacido hombre, aunque no carece de feminidad, sobre todo cuando besa. Si yo encontrase un hombre capaz de besar como la Pola Negri, me entregaría a él por entero."

Decía que en algunas ocasiones, sobre todo cuando la artista aparecía en un primer plano, sentía por todo su cuerpo una extraña sensación que no dudaría en afirmar que era de naturaleza claramente sexual, "aunque no conocía demasiado bien" esos placeres para establecer comparaciones exactas. No obstante sus inclinaciones, no tenía duda alguna acerca de su exquisita feminidad, más acentuada por los caracteres infantiles de un desarrollo que denotaba un retraso evidente. Aunque no se atrevía a confesarlo con sinceridad, no cabe duda que estaba enamorada sexualmente de la artista.

Hay alguna de estas primeras figuras que cuentan en todo el mundo con admiradoras apasionadas. Un amigo mío que residió algún tiempo en Hollywood, la Meca cinematográfica universal, me contaba en una ocasión que algunas estrellas, completamente femeninas en su vida artística y en su existencia privada, recibían a diario múltiples misivas de mujeres, redactadas algunas en términos que emocionarían al hombre más experimentado en lides amorosas: una joven peruana, llegó a proponer a una célebre artista nada menos que la fuga—la artista era casada—, ofreciéndole a la vez la cuantiosa fortuna que acababa de heredar de su padre, "a cambio—decía—de que la aceptase como a su más humilde esclava". Esta fogosa criatura se había enamorado de su ideal por la languidez que ponía en sus besos, que tanto la hubiesen gustado recibir "para que la vida tuviese para ella la más poderosa razón de ser vivida".

No cabe duda que las salas cinematográficas suelen ser el campo

de experimentación de ciertos homosexuales, sobre todo masculinos, que apenas conceden a las figuras de la pantalla una atención pasajera. Mas una gran parte del público femenino de tendencias homosexuales, puede decirse que admira más a las actrices que a los actores masculinos desde el punto de vista de su sexualidad desorientada. Normalmente también, ocurre, como ya hemos dicho en el volumen anterior, que la mujer aprecia mucho más la belleza femenina que la masculina, y que ciertos rasgos y ademanes de una mujer bella y bien formada, son suficientes para provocar en estas mujeres sensibles una disposición favorable a los placeres heterosexuales. Y ese gesto preferido, es, naturalmente, el beso.

En este aspecto preliminar de las relaciones sexuales, la nueva generación ha encontrado en el cinematógrafo sugerencias de indudable valor. Una muchacha moderna que se estime en algo, no puede cambiar con su galán otros besos que no sean "a lo Greta Garbo", besos largos, kilométricos, de mordisco y de succión. En estos besos nos encontramos con los elementos primitivos de la caricia amorosa, que aunque no lleve consigo el chasquido más o menos perceptible del beso nuestro, tiene una mezcla de *cataglotismo* (introducción de la lengua en la boca), de mordisco, de frote y de succión, que es, salvo ligeras variantes, el mismo que se practica entre las razas humanas inferiores.

Dentro de los límites de la moral actual, en estos tiempos de vida rápida e intensa cuando falta tiempo para todo, incluso para la práctica de los placeres, el beso cinematográfico ha venido a unirse a la muchedumbre de excitantes de todo género en que tan caudalosa resulta la vida moderna. En muchas ocasiones, un beso dado en la pantalla, puede tener un reflejo emotivo en un hombre o en una mujer indecisos aún en cuestiones de amor. Muchos galanteos han nacido durante la proyección de un film en el que los besos de todo calibre desempeñaban el rol importante de producir cierta excitabilidad entre esos indiferentes. Algunas personas—no importa ya el sexo, sino tampoco la edad—, no hubieran llegado a interesarse por las gracias o cualidades de un individuo de sexo diferente, a no ser por la coincidencia feliz de un beso de farsa. Por una sensible asociación de ideas, un hombre interpretaría la misma escena con la vecina de butaca, o una muchacha asociaría el gesto cinematográfico con el joven que empieza a "castigarla" desde el palco inmediato. Un beso de film presenciado por estos jóvenes que están en la edad del amor, puede servir de motivo oportuno para hacer un comentario que encaje perfectamente con su disposición amatoria, e incluso para iniciar una conversación trivial, pero muy útil para la finalidad que se persigue. En el terreno del flirt sexual, a la obscuridad necesaria al espectáculo se unen los elementos excitantes reflejados en la pantalla. Muchos hombres que no han hecho más que "tantear el terreno" con su vecina de asiento, conocen sobradamente el valor de estas influencias en el temperamento de la mujer que tienen al lado. Y el instante más oportuno para iniciar el contacto audaz suele coincidir, por lo general, con las licencias que los actores se toman en esos momentos en que se hace preciso exteriorizar la fingida pasión por medio de las caricias permitidas por la técnica de la escena, que no puede alejarse mucho de los linderos de la moral.

La obscuridad de la sala y los gestos amorosos de los actores han llegado a convertirse en los mejores aliados de la erótica preconyugal. Este es un punto de vista que tienen muy en cuenta las casas productoras.

Ahora bien: en el beso cinematográfico se hace preciso distinguir también dos categorías: el de las "vampiresas" y el de las "ingenuas". Ambos se diferencian notablemente, puesto que su expresión es distinta. Si el beso de la primera—de la Garbo, por ejemplo—tiene siempre un carácter marcadamente sexual, el de la segunda—la Muriel Evans (Lámina VI.)—ya es más espiritual, menos perverso, más amoroso. La ingenua es la actriz del primer beso, como el de la vampiresa es el último; son los polos opuestos de la sexualidad: el idealismo amoroso y la carne pasional.

Los besos de la ingenua también excitan a los novios espectadores, pero sólo en la época del galanteo y en los primeros tiempos del noviazgo. En estos días felices, cuando los contactos no pasan, a lo sumo, del beso en la mano y de las miradas cálidas y sentimentales, los otros besos de las mujeres fatales carecen de una fuerza inmediata de excitación, porque entonces el elemento específicamente sexual no ha sido despertado aún por la intimidad de los amantes. Pero si todos los besos cinematográficos tuvieran por protagonistas a estas deliciosas ingenuas, es fácil que el séptimo arte, conforme a las reglas de la moderna técnica, perdiera la parte más sugestiva de sus encantos.

La ingenua da sus besos de una manera furtiva y rápida, y cuando la caricia se prolonga un tanto, siempre acentúa un gesto de estupor, de remota consciencia de pecado. Si ese gesto fuera púdico, a su protagonista no podría llamársele ingenua: la ingenuidad es la

inconsciencia, el estado que revela la incapacidad de poder diferenciar el mal del bien, la ignorancia absoluta de los enunciados de la sexualidad, mientras que el pudor, que a veces se confunde con la ingenuidad, es una consecuencia del conocimiento de esas materias. Una ingenua puede no ser casta, a pesar de todo; una púdica, en cambio, rara vez es casta. La castidad es la nostalgia del pudor; la ingenuidad es el desconocimiento del pudor mismo.

Conste que esta diferenciación la basamos en las expresiones de la vida real, para venir a la conclusión de que si el beso cinematográfico de la vampiresa—o con ella—es incompleto, el de la ingenua se adapta perfectamente a la realidad, y, en todo caso, se finge mucho mejor, porque la actriz—que no deja de ser mujer—actúa acorazada por el blindaje de su pasividad primero y con el de la ausencia completa del amor después. En la mujer que no ama, los fenómenos de tumescencia se operan con una lentitud que no deja lugar a dudas en cuanto a su sinceridad; pero ya sabemos que en el homre, más fácilmente excitable, las cosas ocurren de muy distinta manera, si bien el director de escena ha de imponer sólo caricias discretas que no ofrezcan peligros exagerados.

El Japón, que después de los Estados Unidos es el país que más metros de películas edita, rechaza los films occidentales por inmorales, porque casi todos los argumentos se hacen a base de amor y de besos. Un viejo japonés tradicionalista decía que le parecía extraño que los pueblos occidentales, que tantas muestras ofrecen de recia cultura, mezclasen en este arte expresiones de un gusto tan grosero. Y añadía además: "Comprendo que esas perversiones estéticas (no decía sexuales) se practiquen en la vida íntima de dos seres que no se inspiran repugnancia; pero lo que no acierto a explicarme es la necesidad que tienen los editores de películas de prodigar con tanta abundancia la explicación gráfica de sus erróneas interpretaciones del buen gusto."

No obstante, a pesar de la superior cultura del pueblo japonés y de su contacto con los occidentales, éste es el criterio que impera en las ciudades niponas más alejadas de la influencia de la civilización occidental, y hasta hace muy pocos años, las películas americanas, italianas y francesas, sólo podían verse donde no todas las clases intelectuales tenían acceso. Una película conocida en España, *Sangre y arena*, basada en una obra del inmortal Blasco Ibáñez, tuvo que ser mutilada en ciertas escenas antes de recorrer triunfo todos los coliseos del lejano Japón.

Actualmente, las películas extranjeras que allí se proyectan son de factura americana, que ya hace muchos años, recién editadas, se exhibieron por toda Europa y señalaron una época que aun recuerdan con satisfacción los viejos aficionados. Pues pese al tiempo transcurrido, en la actualidad, las casas americanas siguen haciendo copias de aquellos films en series, en los que el Conde Hugo, Lucille Love, Pearl White, Eddie Polo, etc., fingían aquellos dramas espeluznantes del Oeste legendario, pero, repetimos, después de haber sacrificado los pretextos amorosos—menos sexuales que ahora—, de tan sugestivos argumentos.

Así, pues, para terminar el capítulo, sólo nos resta resumir el precedente estudio diciendo que el beso cinematográfico, el beso sugestivo y emocionante que los actores se prodigan, más que a las necesidades del argumento en sí responde a las exigencias del público, exigencias más o menos conscientes, pero que los *regisseurs* o directores de escena se ven obligados a interpretar en una medida adecuada a la libertad sexual de la vida contemporánea, en la que los artificios de esta índole desempeñan el importante rol que antes estaba encomendado a la castidad; esto es, el incentivo del deseo.

LA CIENCIA DE LAS CARICIAS EN LOS CODIGOS ORIENTALES

La erótica en la India.—Intención de los tratadistas.—Importancia social de la bayadera.—Su conocimiento de la ciencia de las caricias.—Clases de abrazos.—Indiferencia hacia la mujer. Las maneras de abrazar.—Un punto de discusión.—Las caricias y el temperamento.—Limitación de las caricias.—Las caricias refinadas.—Clases de besos.—Las caricias en "El Ktab".—El musulmán estima a la mujer más que el indio.—El sonido de los besos.—Las caricias en los prostíbulos.

Al referirnos a la ciencia de las caricias, no es posible prescindir de las prescripciones de los viejos tratadistas orientales, maestros de la psicología del amor en aquellos pueblos donde la erótica estaba elevada a la insigne categoría de un arte singular.

Todavía, a pesar de los cientos de años transcurridos, en ese Oriente lejano que fué el iniciador de toda la civilización occidental, el amor, la sexualidad, la erótica, forma parte del alma de sus habitantes. En los pueblos orientales se tiene un concepto muy distinto al que nosotros expresamos de las cuestiones del sexo, aunque sus religiones, justo es decirlo, se encaminaron, más inteligentemente que las nuestras— también es ley confesarlo—, a encauzar los instintos sexuales por los caminos de perfección, por las rutas biológicas, por los rectos senderos del amor normal. Esta era la austera religión de Brahma, que, después de no pocas luchas, fué a convertirse en las leyes más humanas de Manú, el *Manava-Dharma-Kastra* que rigió los destinos del por entonces más culto pueblo del orbe, no hace más que treinta millones de años, si hemos de creer lo que nos dicen los historiadores y arqueólogos como fruto de sus doctas investigaciones.

Siendo la función procreadora la razón por la cual se desarrolla-

oportuno y el análisis de los distintos aspectos dignos de atención crítica.

Acerca del abrazo, al que divide en cuatro clases, que son: tocante, penetrante, frotante y oprimente, explica en qué consisten las distintas modalidades de dicha caricia: "Cuando un hombre, con uno u otro pretexto, se aproxima a una mujer y toca el cuerpo de ella con el suyo, es el "abrazo tocante."

Como entre nosotros esa primera modalidad del abrazo, en su expresión más rudimentaria, es el primer contacto que se establece entre los presuntos amantes. Ahora bien, el hecho de "tocar el cuerpo de ella", que aconseja el código brahmánico, es inadmisible entre cristianos, ateniéndonos a las reglas de las buenas costumbres. Cuando se practica esa clase de abrazo—que no es tal—, las intenciones del hombre son más sexuales que espirituales, y otro tanto ocurriría en el sentimiento de la mujer que soportase la caricia. En las relaciones normales, esto es, en la época primera del galanteo, no es correcto "tocar el cuerpo" de ella. El hombre ha de tener muy presente que el impulso que a él le mueve a "tocar" resulta desproporcionado con la disposición elemental de la galanteada, pues esta conducta, que en una época avanzada de relaciones no asume caracteres peligrosos, en los primeros instantes puede convertirse en la mujer en una reacción de todo su pudor o de todo su cálculo, que termina en la aversión hacia el audaz imprudente.

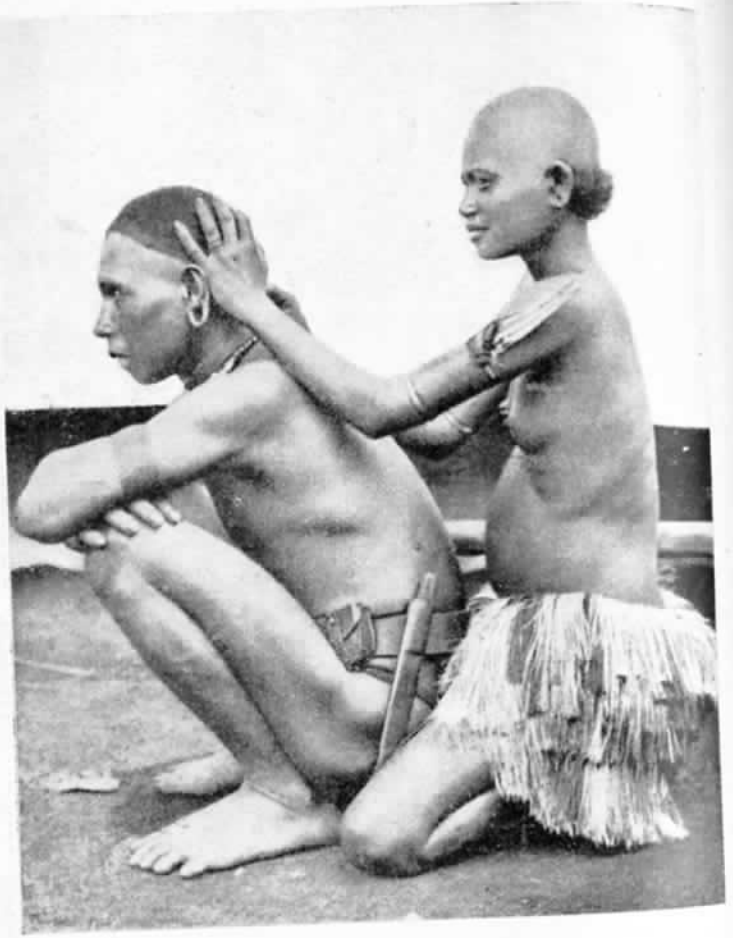
"Cuando una mujer, en un lugar solitario, se inclina para recoger alguna cosa y penetra, por decirlo así, en los ojos de un hombre con sus senos, de los que el hombre se apodera en seguida, es el "abrazo penetrante."

Después del abrazo tocante, el penetrante ya se explica mejor, pero aun no es posible confiar demasiado en la eficacia del procedimiento, que aunque ya evidencia un mayor grado de confianza, entre las gentes civilizadas a la occidental no deja de ser un ademán indelicado que la mujer rechaza con frecuencia, pues sólo parece estar permitido en los momentos de mayor intimidad. Por otra parte, si tenemos en cuenta que Vatsyayana advierte que los dos primeros "son particulares del hombre", mientras que los otros dos "son particulares de los que saben sus intenciones recíprocas"; el abrazo penetrante es, a todas luces, un atentado deshonesto, una inmoralidad y un abuso de fuerza, puesto que las caricias sólo pueden estimarse naturales y lícitas cuando ambos amantes están unidos, por lo menos, por una corriente de recíproca simpatía.



PROSTITUTA MARROQUÍ.
La ciencia de las caricias sigue practicándose entre estas hetairas como en los buenos tiempos de que nos hablan los tratadistas.

LAMINA VII



TROBRIANDESES DESPIOJÁNDOSE. (DE MALINOWSKI.)

Una de las más bellas caricias entre estos salvajes consiste, nada menos, que en quitarse los piojos mutuamente, y, en prueba de verdadero cariño, comérselos después.

LAMINA VIII

En este punto se advierte el hecho de que los antiguos tratadistas no se ocuparon más que de las tendencias instintivas del hombre, sin tener en cuenta para nada ese otro instinto de defensa de la mujer, esa pasividad característica que no tiene otra finalidad biológica que la de hacerse más codiciable por un lado, y la de producir y obtener el necesario grado de excitación preciso para evidenciar la mejor disposición para la caricia.

No obstante, aquellas leyes remotas más parecían favorecer a la clase de las bayaderas que a las mujeres honestas. La esposa, la madre de familia y hasta la prometida, no eran más que esclavas de su dueño y señor, y el papel que representaban en la sociedad no podía ser más insignificante. Algo parecido ocurre modernamente en el supercivilizado Japón, donde la mujer honesta sigue ocupando un plano de estimación conyugal que contrasta bastante con el aprecio que merecen las mujeres de los barrios galantes.

"Cuando dos amantes se pasean juntos, lentamente, en la obscuridad, en un lugar frecuentado o en un lugar solitario, frotándose el cuerpo de uno contra el otro, es el "abrazo frotante".

Este abrazo también le practican nuestros amantes, pero. a diferencia de los creyentes de Brahma, se atienen con más prudencia a todas esas circunstancias que, según el código oriental, son indiferentes, como el lugar, la concurrencia y la iluminación. Vatsyayana no vivió en los tiempos del cinematógrafo, porque entonces es fácil que hubiese hablado del abrazo en otros términos.

"Cuando en ocasión parecida, uno de ellos oprime el cuerpo del otro con fuerza contra un muro o pilar, es el "abrazo oprimente"."

Es elemental advertir que estas prescripciones no parecen afectar a las clases sociales más elevadas, y si sólo para las más humildes, que para el logro de sus expansiones amorosas habían de aprovechar los recursos del aire libre y de los muros y pilares. En este punto, ya no nos parece que la libertad sexual de los antiguos hindúes fuese tan completa, puesto que tales caricias evidencian la necesidad de un recato desproporcionado en relación con el espíritu de los códigos, aunque, por otra parte, hemos de reconocer el elemento pudor como instintivo en lo que a la práctica de la sexualidad se refiere. Y si queremos exprimir más el concepto, diremos que los amantes debieran haber contado, siquiera, con la mitad de las comodidades de que hoy puede gozar la moderna generación en todos los ámbitos de la esfera social.

Y seguimos copiando: "En el momento del encuentro se usan cuatro clases de abrazos, a saber:

El enlazamiento del reptil.

El trepamiento del árbol.

La mezcla del grano de sésamo y de arroz.

El abrazo del aceite y del agua.

Cuando una mujer, incrustándose en el cuerpo de un hombre, como un reptil cuando se enlaza a un árbol, atrae la cabeza de él hacia la suya con intención de besarla y dejando oír un ligero rumor de "soutt-soutt", le besa y le mira con amor, este abrazo se llama "el enlazamiento del reptil".

Cuando una mujer, habiendo colocado un pie más alto que el de su amante y pasado un brazo por la cintura y el otro por la espalda y quiere, en cierto modo, trepar para obtener un beso, este abrazo se llama "el trepamiento del árbol". Estas dos clases de abrazos se realizan cuando el amante está en pie.

Cuando los amantes están acostados en la cama, abrazándose tan estrechamente que los brazos y las piernas del uno están enlazados con los del otro, en una especie de frotamiento recíproco, este abrazo se llama "la mezcla del grano de sésamo y de arroz".

Cuando un hombre y una mujer se aman violentamente y sin reparar en el daño que se hagan se abrazan como si quisieran penetrar el uno en el cuerpo del otro, este abrazo se llama "la mezcla del aceite y del agua". Estas dos clases de abrazo se realizan en el momento de la unión sexual.

Suvarnanabha nos da, además, cuatro maneras de abrazar de los simples miembros del cuerpo, que son:

El enlazamiento de las piernas.

El enlazamiento de la parte del cuerpo comprendida entre el ombligo y las piernas.

El abrazamiento de los senos.

El abrazamiento de la frente.

Cuando, tendidos en la cama, uno de los dos amantes apoya con fuerza una de sus piernas, o las dos, contra las del otro, realiza "el enlazamiento de las piernas", siempre que las demás partes del cuerpo queden sin rozar unas con otras. En este caso, la penetración sexual es completa y el contacto alucinante.

Cuando el hombre oprime el "jaghana" o parte media del cuerpo de la mujer contra el suyo y se echa sobre ella para clavarle las uñas, o para morderla o golpearla, estando la cabellera de la mujer deshecha y flotante, se realiza "el enlazamiento del jaghana", y el placer se percibe al rozar los vientres.

Cuando un hombre aplica su pecho contra los senos de una mujer y la oprime, realízase "el abrazamiento de los senos", siendo inferior el empuje sexual del macho.

Cuando uno de los amantes aplica su boca, sus ojos y su frente, sobre la boca, los ojos y la frente del otro, se da "el abrazamiento de la frente".

Según algunos, el masaje es también una especie de enlazamiento, porque indica un contacto de los dos cuerpos. Pero Vatsyayana cree que el masaje tiene lugar en otro momento y con otro fin diferente, y, como además, tiene otro carácter, no puede considerarse comprendido en este apartado.

A continuación, el autor se refiere al beso, diciendo: "Pretenden algunos que no hay orden ni tiempo fijado para el abrazo, el beso y la presión realizada con las uñas o las yemas de los dedos, sino que todas estas cosas deben realizarse generalmente antes de la unión sexual. Vatsyayana, por su parte, opina que todo es bueno en un momento cualquiera, puesto que para el amor no hay orden ni tiempo."

Pues el lector convendrá con nosotros en que Vatsyayana no está en lo razonable, como no lo están los que opinan como él en esta materia. Aquellos legisladores del amor, si conocían a la perfección la parte psicológica del gran problema, parecían estar ayunos de fisiología. De otra forma, habrían de comprender perfectamente que, si cualquier ocasión es buena para la práctica de las caricias, no todas son adecuadas para enfrentarse con las consecuencias naturales de ese procedimiento de excitación que, normal y también forzosamente, ha de traducirse en la ansiedad lógica de satisfacción sexual. Sustentar tan caprichosa teoría equivale a ignorar los innumerables perjuicios que pueden derivarse para los amantes de la observancia de esa conducta. Si las caricias sumadas y aumentadas en una gradación intensa no tuvieran por misión primordial servir de método encaminado a producir la tumescencia en ambos amantes—y con mayor amplitud en el hombre—, pudiera admitirse la opinión de Vatsyayana; pero como quiera que el justo límite no está en otro punto que en la detumescencia, en la descongestión natural de los órganos congestionados, es necesario tener en cuenta determinados aspectos y circunstancias higiénicas para que esa precaución sirva de garantía de que no han de evidenciarse los trastornos a que ya nos hemos referido en el volumen correspondiente.

que la fiebre del amor pueda ser controlada por el termómetro de las caricias. Y, en todo caso, quienes por amor se acarician de tal guisa, más lejos han de estar del reproche que del beneplácito biológico.

Y ahora, sin discutir: "Cuando se trata de una joven—agrega—, están en uso ahora tres clases de besos, que son:

El beso nominal.

El beso palpitante.

El beso patético.

Cuando una joven toca solamente la boca de su amante con la suya, pero sin hacer ella nada por su parte, se llama esto "el beso nominal".

Cuando una joven quiere tocar el labio que oprime su boca y, con este objeto, hace mover su labio inferior, pero no el superior, se da "el beso palpitante".

Cuando una joven toca el labio de su amante con su lengua y, cerrando sus ojos, pone sus manos en las de su amante, se da "el beso patético".

El beso, en general, es de cuatro clases, a saber: moderado, contraído, oprimido y suave, según las diferentes partes del cuerpo donde se aplica.

Cuando una mujer mira el rostro de su amante durante un sueño y le besa para mostrar su intención o su deseo, se llama éste "el beso que atiza el amor".

Cuando un amante, al volver tarde a casa, besa a su querida, que duerme en el lecho, se llama esto "el beso que despierta". En tal ocasión, la mujer puede simular que duerme a la llegada de su amante, de suerte que pueda conocer su intención y obtener su respeto.

Cuando una persona besa a un niño que tiene sentado sobre sus rodillas, o a una pintura o a una imagen, en presencia de la persona amada, esto se llama el "beso transferido".

Sobre este tema hay también un versículo que dice:

"Toda cosa, cualquiera que sea, que uno de los amantes haga al otro, éste debe devolverla: es decir, si la mujer besa al hombre, el hombre debe besarla; si ella le golpea, debe golpearla a su vez."

Más adelante, Vatsyayana se refiere a las modalidades extremas de la caricia; esto es, donde el placer "neto" llega a unirse con las primeras manifestaciones del dolor como consecuencia de la exaltación amorosa psíquica y sexual. A estos aspectos del amor, nos referiremos en el capítulo siguiente.

Además de este tratado a que nos hemos referido, *El Jardín Perfumado*, de Nefzau, y *El Ktab* o teología musulmana del amor, de Halevy, contienen numerosas prescripciones acerca de la ciencia de acariciar, en la que el principal elemento de excitación se refiere al beso y demás caricias naturales del acto de la generación.

Así, dice Nafzau: "La mujer es como un fruto que no deja escapar su fragancia sino cuando se la frota con las manos. ¿No sabes que el ámbar, a menos de ser calentado y manipulado, guarda en sus poros el aroma que contiene? La mujer es igual que el ámbar: si tú no la animas con tus juegos, con tus besos y tus mordiscos, no obtendrás de ella lo que deseas, no experimentarás ningún goce cuando te acuestes con ella y no cabrá en su corazón ni afecto ni amor por ti; todas sus cualidades, en fin, permanecerán ocultas.

Cuéntase que habiendo interrogado un hombre a una mujer sobre las cosas más propias a hacer nacer el afecto en el corazón de las mujeres, en lo que concierne a los placeres del coito, recibió la siguiente respuesta:

"Créeme, los besos, los mordiscos, las succiones de los labios, los paseos de la boca entre los senos y la humedad de la saliva fresca, he aquí lo que hace durable el amor.

"Procediendo así las dos eyaculaciones se verifican simultáneamente, es decir, que el goce viene a la mujer y al hombre en el mismo instante. Y en cambio, si las cosas no pasan así, la mujer no tendrá un placer completo y el hombre no encontrará aquella correspondencia enardecedora que es el colmo del placer."

Uno de los sabios que se han ocupado de las mujeres ha contado así las confidencias que le hiciera una de ellas:

"Solamente cuando hayáis con vuestros juegos y besos, con vuestros mordiscos, colocado a la mujer en estado favorable, debéis introducir vuestro miembro; entonces, si tenéis cuidado de agitaros sabiamente, experimentará ella un goce que satisfará todos sus deseos. Pero continuad sobre el pecho, no dejéis de cubrirla de besos, y que vuestro miembro no abandone su vagina, y entonces, si sabéis frotar bien, quedará coronada vuestra obra.

Después, cuando hayáis terminado de gozar, guardaos mucho de levantaros bruscamente; por el contrario, debéis retirar vuestro miembro con precaución y quedar acostado junto a ella en el mismo lecho. Así es como encontraréis el bienestar y no seréis como el que monta a su mujer a la manera de un garañón, sin poner atención a los verdaderos principios del arte."

Como vemos por estos solos párrafos de la obra de Nefzau, los

musulmanes ya se cuidan más de la mujer que los indios, lo que revela también un mayor refinamiento en la voluptuosidad. Podemos apreciar esta diferencia diciendo que, por lo general, el amor sexual de los discípulos de Brahma parecía referirse más principalmente al libertinaje que a la sexualidad ordenada, mientras que los musulmanes, condenando acremente la prostitución, cantaban en los tonos más delicados las delicias sublimes del amor conyugal que un hombre puede obtener con tantas esposas y concubinas como quiera.

Hablando del beso, Nefzau se expresa así: "Sin el beso no hay manera de hacer el amor que procure verdadero placer. Por eso en las posiciones que se indican para realizar el coito que no permiten besarse durante la acción, no se encuentra placer completo.

El mejor beso es el que se deposita con los labios húmedos, con una succión de los labios y de la lengua, que provoca, de parte de ésta principalmente, una emisión de saliva dulce y fresca, más dulce que la miel desleída en agua pura, y que nada tiene que ver con la saliva que ordinariamente se segrega."

Al referirnos a toda la literatura árabe, y más especialmente a la del amor, no podemos olvidar que la exuberante fantasía de los literatos mahometanos creó imágenes ampulosas verdaderamente irreales, pero que se adaptan perfectamente al espíritu de estos creyentes. El sentido del gusto, por sí solo, no tiene cabida en las prácticas sexuales normales, ni la composición química de la saliva tiene elementos que puedan darle un sabor "más dulce que la miel desleída en agua". Por otra parte, si en virtud de los fenómenos que durante la práctica del coito se operan en el organismo, los jugos de las distintas secreciones pueden sufrir alguna modificación en sus componentes, ello no es bastante para que esas consecuencia químicas puedan reflejarse como impresiones reales en el paladar del enamorado. Ahora bien, podemos explicarnos esta dulzura en la gran capacidad imaginativa de que siempre han dado muestra los orientales.

Nefzau dice que el beso debe ser sonoro, y que su ruido, ligero y prolongado, nacerá entre la lengua y el borde del paladar, lubrificado por la saliva; que el sonido del beso de amor se produce por el movimiento de la lengua en el interior de la boca, al mismo tiempo que por el desplazamiento de la saliva que provocará la succión. "El beso dado en el exterior de los labios, y que produce un ruido análogo al que se hace para llamar a los gatos, no proporciona ningún placer. Conviene solamente para besar a los niños o para besar las manos de una mujer."

Este beso no es el de los occidentales, que, en realidad, consiste en el choque de los labios, y su ruido no es más que el de la succión, semejante al que se hace "para llamar a los gatos". En cambio, el beso que describe Nefzau se diferencia notablemente del otro, puesto que su ruido se produce por el movimiento de la lengua "en el interior de la boca", en el borde del paladar, que es exactamente el mismo que se hace para arrear a las caballerías.

Termina diciendo: "Debes saber que todas las caricias y todas las especies de besos de que hemos hablado más arriba, sea en bien, sea en mal, no tienen ninguna utilidad sin la introducción del miembro. Debes, pues, abstenerte, si no has de cohabitar, porque con ellos encenderías un fuego que no puede extinguirse más que por una estéril separación. La pasión que se enciende, se asemeja, en efecto, al incendio, y lo mismo que sólo el agua puede acabar con éste, sólo la emisión puede apagar los ardores y acabar con los tormentos de aquélla."

En este punto, Nefzau difiere bastante de la apreciación de Vatsyayana, al decir que todas las ocasiones son buenas para la práctica de las caricias. Ya hemos emitido nuestro juicio, coincidente en un todo con el del autor del *Jardín Perfumado*, esto es, que las excitaciones sólo deben llevarse al punto máximo cuando existe la seguridad de que las consecuencias naturales del método excitador pueden tener su epílogo natural en la práctica del coito, como sistema detumescente a todas luces natural y lógico.

Lo mismo entre los hindúes que entre los musulmanes, aún subsisten las viejas prescripciones de la ciencia de las caricias, si bien la civilización de Occidente, más sugestiva para estas gentes, por su novedad y sus excitaciones desde el punto de vista de la sexualidad, ha ido borrando poco a poco los legendarios conceptos de los viejos tratados del amor sexual.

En los prostíbulos de algunas ciudades de Marruecos, especialmente en los barrios privados de Marrakesch, la mujer sigue practicando al pie de la letra las prescripciones eróticas de todos los autores e incluso de los poetas que recitan sus versos, a escondidas, de zoko en zoko. No obstante, estos vivos ejemplos de la voluptuosidad musulmana, van extinguiéndose poco a poco, porque la civilización de los occidentales esgrime las armas de una moral distinta que no puede hacerse compatible con la persistencia de los antiguos métodos, lo que no deja de evidenciar un atentado contra las costumbres de los pueblos que se pretende colonizar.

En esas casas de placer a que aludo, el amor sigue siendo un arte,

y la caricia una ciencia. Bien es verdad que sólo tienen acceso en esas mansiones los musulmanes distinguidos, los santones, doctores, kaides y estudiantes de las *Medersas*, gentes de buenos modales y exquisita educación, muy a tono con el nivel intelectual de las prostitutas que tan caras venden sus caricias. No son estos prostíbulos iguales a los de las otras ciudades, aunque dentro de poco nada habrá que los distinga: la mujer pública de Marrakesch no se muestra sin recato, sin hacerse desear ardientemente, lo que no hace su congénere de las otras ciudades más europeizadas. Gozan aun del prestigio de las antiguas hetairas griegas y romanas, que parecían instituciones entre los más destacados atractivos de la ciudad, y conscientes de su significación y de su decadencia, se esfuerzan en mantener viva la llama de la vieja tradición que se muere...

Un poeta melancólico de la contemporaneidad, no tendría inconveniente en cantar las virtudes excelsas de estas mujeres tan poco virtuosas que saben de la ciencia de enloquecer a los hombres sin transmitirles peligrosas enfermedades.

La recepción del amante accidental, se hace con toda la solemnidad que su rango, y también el de ella, requieren. Una antesala a base de tacitas de té con hierbabuena y pastas de miel y almendras, jenjibre y canela y otras golosinas excitantes, mientras que unos músicos invisibles ejecutan las bravas canciones del desierto o las dulces melodías del aduar lejano, pero todo de una forma que enardece, y en un ambiente cargado de lujuria, desde la blandura de las gruesas alfombras, hasta el aroma enervante de los pebeteros. Después de una espera prolongada, la hetaira aparecerá casi desnuda con el rostro velado, iniciando algunos giros de la lúbrica danza del vientre, acompañada de dos esclavitas núbiles que en adelante servirán a su señora y a su amante cuanto les sea preciso. (Lámina VII).

Al cabo de unos minutos de conversación, ella mandará retirar a las esclavas, y entonces será llegada la ocasión de practicar todos los refinamientos de esas caricias que prescribió el Cheik Nefzau y otras que pocos hombres se atreverían a describir siquiera...

Así pues, los viejos códigos del amor, se resisten a dejar paso a las modernas concepciones de los novelistas eróticos, que nunca llegarán a superar el espíritu de aquellas narraciones en las que el sentimentalismo sexual, por decirlo así, podía expresarse libremente, sin trabas ni cortapisas, porque la moral de esos tratados era quizá más del alma que de la "vil materia" como a la práctica normal del amor llaman nuestros puritanos.

LOS PLACERES DEL DOLOR

Definición.—Los placeres elementales del dolor. Necesidad del contraste.—Lo que opinan siete prostitutas.—Los "chupones" y sus exhibidores. Atracción excitante de las marcas de amor.—Arañazos y mordiscos.—Los comedores de piojos.—Fundamento de esta costumbre amorosa.—Razones psicológicas del mordisco.—Su importancia sexual.—En Bolivia se ama mordiendo. Golpes de amor.—Actitud de la mujer.—Explicación satisfactoria del placer en el dolor.

Albert Eulemburg ha dicho: "Tenemos que estar siempre plenamente convencidos de que en ningún otro terreno se pueden encontrar juntos y tan afines tanta sublimidad y tanta bajeza, tanto sobrehumano y tanto indigno del hombre, como en el de la vida sexual, puesto que en su fondo crecen y se desarrollan las raíces más finas, delicadas y profundas de nuestra existencia física y moral, y de que el hombre, si no fuera por haberse conquistado en la lucha contra la Naturaleza y contra si mismo una inmensurable cultura, podría descender hasta un nivel mucho más bajo que el del mundo de los animales".

Claro es que esta expresión abarca a todas las formas violentas del amor sexual, pero más se refiere a aquellas que forzosamente hemos de considerar como manifestaciones de perversión del impulso, como explosiones morbosas del instinto sexual, lo más extremo, lo más extraño y lo más intolerable desde el punto de vista de todas las leyes humanas, sociales y biológicas. Este conjunto de fenómenos contiene elementos normales y anormales, pero, es indudable, a veces resulta totalmente imposible establecer la línea divisoria entre lo lícito y lo ilícito, puesto que si llevamos la apreciación a un terreno científico avanzado, veremos que lo que no es normal, tiene, no obstante, fundamentos normales, por lo que en vista del elemento originario, no habría inconveniente en admitirlo como perfectamente natural.

Al hablar del arte de hacerse amar, hemos visto que la actitud defensiva de la mujer como la del "castigador", tienden, por ambas partes, a producir un dolor, y, si no queremos llamarle dolor, denominémoslo, al menos, contrariedad. Existe un elemento de crueldad más o menos acusado, más o menos intencionado también, por lo que llegamos a la conclusión de que al no "tener intención" de causar ese daño o esa contrariedad, las raíces de esa conducta, han de ser naturales, o, mejor dicho, instintivas.

La voluptuosidad del dolor, fué designada con el nombre de *algolagnia* por el tratadista alemán doctor Schrenck-Notzing. Las raíces etimológicas son las palabras griegas *algos*, sufrimiento, y *lagneiae*, desenfreno. Nuestro diccionario no contiene la palabra algolagnia, aunque registra la de *algofilia*, diciendo que es una "perversión sexual caracterizada por la afición a sentir dolor", denominación incompleta, puesto que no es sólo la afición a sentir, sino también la afición a producirlo, lo que en ciertas ocasiones se traduce en placer, tanto para el que lo recibe como para quien lo proporciona. La palabra "algolagnia", pues, comprende a ambas expresiones, que en su grado más avanzado son el sadismo y el masoquismo, manifestándose su límite en el asesinato o en el suicidio por amor.

Puede decirse que son muy pocos los hombres y las mujeres que no gustan de estas expresiones, en sus modalidades más leves, para expresar su amor sexual. Bien la algolagnia activa—causar dolor—o la algolagnia pasiva—placer de ser atormentado—, se muestra desde el primer momento del galanteo hasta el último punto de la vida sexual. Sólo la indiferencia, pero la indiferencia absoluta, puede justificar en los amantes la falta de esos elementos de voluptuosidad perversa. Puede decirse que mientras queden siquiera las cenizas de un fuego de amor de otrora, los amantes procurarán hacerse sufrir mutuamente, y en ese sufrimiento—algolagnia activa solamente—, hallará placer el que lo infiera. Claro es que exprimiendo la definición todo lo posible, todo dolor que se infiere se traduce en un placer para quien lo procura, sin necesidad de que el daño sea personal, siendo la finalidad que el sujeto hacia quien se dirige el mal, sufra por ello.

Se ha dicho siempre en un aforismo que "la venganza es el placer de los dioses". Cuando por cualquier motivo se odia a una persona, sin que el amor haya intervenido nunca en la elaboración de ese odio, se "goza", se experimenta cierto "placer", causándola daños de cualquier índole, aunque sea en objetos, en bienes o en personas. Naturalmente, si nos salimos de la esfera sexual, ya no es lícito denominar

algolagnia a estos hechos. Pero parece que si odiando es posible encontrar satisfacción produciendo esos daños, cuando se ama es inconcebible que el dolor "sirva" para robustecer las expresiones del amor. Y sin embargo, no es así.

Ahora bien, la naturaleza de esas sensaciones voluptuosas que acompañan al deseo de producir dolor o de experimentarlo, no son bien conocidas todavía. Sólo puede decirse que siendo un fenómeno elemental de las manifestaciones amorosas de todo el reino animal, hemos de considerar que sus raíces biológicas son tan profundas como remotas, que es un fenómeno antropológico y normal cuyos límites amplísimos no han sido estudiados ni será posible jamás analizarlos con todo detalle.

El dolor activo y el pasivo, esto es, la algolagnia, es un elemento primordial en la vida humana, es el nexo entre los sentimientos espirituales más delicados y las más groseras expresiones de la animalidad primitiva, lo que, como dice Bloch, "humilla y hace más profundo el amor y hace vibrar las cuerdas más secretas de nuestro ser".

Pese a todas las definiciones filosóficas, que para ciertos sectores de intelectualidad nunca pueden resultar claras y completas, es posible hallar explicaciones más claras a la razón del placer en el dolor en lo que a las relaciones sexuales se refiere. Muchas veces, por no decir siempre, las simples querellas de dos amantes originadas por los motivos más pueriles, no tienen otro origen que ese deseo "natural" de producir un sufrimiento, de mezclar unas gotas de hiel en la miel del amor tan paladeado. Ese dicho popular que afirma "quien bien te quiera te hará llorar y quien mal reír y cantar", tiene una interpretación universal que no es posible desdeñar pese a su simplicismo, a lo elemental de su significación. Y en cuanto al amor, hay uno que resume toda la importancia del elemento algolágnico en las cuestiones que nos ocupan: "Los amores queridos, tienen que ser reñidos". Y alrededor de este enunciado, ¿no cabe todo un cúmulo enorme de interpretaciones de gradaciones distintas?...

Si es cierto que los extremos se tocan, en este punto no cabe discusión. Dos amantes que se adoran, que todo les sonríe, que todo parece favorecer su idilio sin trabas ni cortapisas de ningún género, buscarán esos momentos de infelicidad, que son la cristalización de la felicidad misma, como si ello fuese el mecanismo regulador del equilibrio progresivo y floreciente de la pasión que les anima. Estos elementos algolágnicos, ese dolor del amor, tanto puede ser provocado por los mismos amantes, como tener su origen en las diferentes circuns-

tancias de la vida. De esto ya hemos hablado en el volumen anterior, para demostrar que esas contrariedades, ese "dolor" de la primera época, cuando el amor no dispone de recursos propios suficientes para contrarrestar la influencia de otras causas, desempeña la misión utilísima de cooperar a que el amor no se muera de hastío, que no se hunda en virtud de su propio peso en el abismo de la saciedad.

Pero en este caso, mejor dicho, en el motivo del presente volumen, ya partimos del supuesto de que no es el amor idealista inicial el que necesita de estos basamentos, sino que ese amor ha alcanzado su máxima expresión biológica, tratándose de la sexualidad específica como fundamento de nuestras disertaciones.

El dolor en el amor, a pesar de las consecuencias de excitación sexual tan sensibles que lleva consigo, no deja de tener otro elemento estético. Goethe habló hace mucho tiempo en *Stella* de los dolores del alma, y, sobre todo, de las lágrimas: un rostro amado al que surcan las lágrimas manando de los ojos expresivos de dolor, no son sólo una petición de perdón, sino un móvil excitador en la súplica de otras caricias. Luego el amor, hasta cierto punto, necesita del dolor para adquirir sus máximas expresiones emotivas y hasta sus más bellas disposiciones para la caricia, ahora dulce, en contraste con el dolor anteriormente inferior. En las célebres cartas de Ninón de Lenclos abunda el motivo de que el placer, si fuera eterno, resultaría insoportable. De una de esas cartas, copiamos el siguiente párrafo: "¿De modo que el cambio de estado de ánimo es esencial para la dicha de los dos amantes? Y ¿qué mejor para ello que una separación? ¿No habéis saboreado nunca el dulzor de una tierna despedida? La inquietud, la pena y las lágrimas que la acompañan, ¿no son algo precioso e inestimable para un alma verdaderamente sensible? Los enamorados vulgares consideran que una ausencia que dura unos días es una desgracia; pero si consideramos la naturaleza de su supuesto dolor, no tardarían en ver que, en lugar de dejar en su alma una desagradable impresión, despierta en ella una deliciosa voluptuosidad. Ese dolor lleva consigo un inefable encanto y nos prueba que por mucho que haga sufrir a nuestro corazón, éste siente un especial agrado en poder dar curso a su sensibilidad."

Es, pues, necesario, el contraste en el amor, ya sea por medio de los celos, por los pequeños dolores, por el afán de inferir cualquier clase de sufrimientos, a fin de romper esa monotonía a que conduce el equilibrio permanente de un estado que no experimenta alternativas de ningún género, porque, reconozcámoslo noblemente, no siempre

es fácil permanecer en un *statu quo* amoroso de infinita dulcedumbre, siquiera por el hecho de que todo lo que abunda, acaba por empalagar.

Bloch reconoce con Schneider "que que hay atribuir la necesidad de este afán de dolor y pena en el amor a cierto desgaste y fatiga de los correspondientes centros nerviosos, que exigen descanso temporal, y a la presentación en el individuo, lo mismo que ocurre a los animales y sucedió a sus antepasados, de alternativos sentimientos opuestos, como el amor y el odio, de modo que la irritación de los centros nerviosos del sentimiento del desplacer es una forzosa necesidad."

Ahora bien; estos fundamentos, estas razones biológicas del placer en el dolor, están sujetos, como hemos dicho, a muy diversas apreciaciones, tan variadas como los motivos que las justificasen. En esta parte de la obra queremos limitarnos sólo al análisis de "la pequeña algolagnia", la que es usual entre los enamorados, por ir asociada, más o menos conscientemente, a la práctica de las caricias amorosas necesarias a la producción del estado propicio al contacto carnal, e incluso como resultante de la descarga nerviosa que se produce en el coito.

En cierta ocasión solicité las opiniones de siete prostitutas de diferente clase económica, y las siete coincidieron en afirmar que en sus amantes ocasionales, habían podido observar estas tendencias a producir dolores, más o menos acentuados, siendo muy poco los que satisfacían sus deseos sexuales sin mostrar esas tendencias algolágnicas, si bien se trataba de hombres habituados a trabajo rudos, que practicaban el acto de una manera casi mecánica, "puesto que—decía una de ellas—sólo se ocupan de descargar la energía sexual ocumulada durante toda una semana."

Esta opinión, a la que hube de conceder cierta importancia, no me pareció injusta. Tratándose de trabajadores que, en efecto, estuviesen "toda una semana" acumulando esa energía, tal abstinencia había de traducirse, llegada la hora oportuna, en una impaciencia natural por lograr la detumescencia sin que para ello fuese necesario poner en juego los elementos psíquicos para la práctica de caricias o refinamientos que solamente se advierten, por regla general, en individuos en los que la satisfacción de sus apetitos sexuales no están sujetos a una periodicidad obligada. Huelga repetir, por tanto, que un hombre que haya de supeditar su impulso sexual a las circunstancias económicas y cronológicas, no sintiendo amor psíquico por aquella mujer, apenas si sentirá necesidad de más caricias que las específicamente carnales, sin otras complicaciones de índole espiritual. Esto no obs-

tante, cuando se trata de enfermos, el caso ya es distinto; pero conste, ante todo, que ahora nos referimos a las manifestaciones de los individuos perfectamente normales.

Volvamos de nuevo a los elementos de juicio que nos ofrecen los códigos de amor orientales en lo que se refiere al elemento algolágnico en la ciencia de las caricias, donde encontraremos muy curiosas sugerencias, aclarando después las razones o bases en que tales caricias se fundan según el concepto científico moderno.

Acerca de "la presión o marca o frotamiento con las uñas", dice Vatsyayana lo siguiente: "Cuando el amor está en un momento de gran intensidad, es la ocasión de practicar la opresión o frotamiento del cuerpo con las uñas. Esta práctica tiene lugar en las ocasiones siguientes: en la primera visita; en el momento de partir para un viaje; al volver de un viaje; en el momento de la reconciliación con un amante irritado y, en fin, cuando la mujer está ebria para despertar sus sentidos. La presión con las uñas sólo es familiar a los amantes de pasión intensa. Los que gustan de ello, asocian esta práctica a la mordedura.

Los lugares sobre los cuales puede aplicarse esta presión con las uñas, son: las axilas, la garganta, los senos, los labios, la parte media del cuerpo y los muslos. Pero Suvarnanabha es de opinión que si la impetuosidad de la pasión es excesiva, no hay que preocuparse del lugar."

En primer lugar, estos arañazos y marcas con las uñas, a cuyas formas nos referiremos más adelante, creo que no sólo no se encuentran en las costumbres eróticas de otros pueblos primitivos, sino que hasta en la India parece que esta prescripción haya pasado de la teoría. Una prostituta muy versada en estas artes, me manifestó que en la actualidad no tenía más referencias del caso que las contenidas en los libros védicos, en los que figuran dibujos para mejor completar las explicaciones.

Entre los occidentales, y eso en las clases inferiores, la algolagnia toma otras expresiones que también producen marcas. Aparte de los pellizcos, es muy frecuente la succión combinada con el mordisco, que produce extravasación o hematoma, o, dicho en términos vulgares, "chupones". Pero al referirnos a las clases inferiores, excluímos a la mujer honesta, refiriéndonos, única y exclusivamente, a la prostituta de más baja condición, que prefiere esta forma de caricias, pero sólo de su amante "de corazón", y practicada en zonas de la piel que por lo general han de permanecer ocultas. La moda actual que impone la

exhibición de los brazos, el escote y buena parte de los hombros, pugna con esas preferencias de los ardorosos amantes y sobre todo con el concepto de la estética que tiene la mujer.

Los jóvenes principiantes gustan de recibir estas caricias de las mujeres, pero el elemento algolágnico no desempeña ningún papel: gustan de esas señales por razones de vanidad, ya que, ateniéndonos a la base fundamental de dichas marcas, el orgullo masculino quiere que el "chupón" equivalga a la prueba indubitable de que su amante no permaneció en la típica actitud pasiva de las prostitutas, sino que le demostró su pasión en el instante crítico del orgasmo, que es cuando con más frecuencia se producen estas marcas. Ningún hombre que tema las consecuencias de la exhibición de esas manchas, verá con disgusto que una mujer le demuestre su pasión, real o fingida, mediante la impresión de esos marchamos de garantía en las partes más visibles de su cuerpo. En una piscina de natación tuve ocasión de observar a un pobre diablo, cuya piel de los antebrazos, pecho y espalda, aparecía constelada por numerosas manchas de esa naturaleza, que él exhibía con verdadero orgullo.

Ahora bien, desde el punto de vista psicológico, en el caso que cito hemos de considerar la existencia de un motivo de atracción sexual, no sólo para las mujeres honestas, iniciadas o no, sino también para las prostitutas, ya que no es posible advertir en esas señales los verdaderos "motivos" que indujeron a la mujer a señalarle con tan palpables demostraciones de afecto. Un hombre marcado de tal guisa, por lo menos, es una incógnita, un misterio. Y si tenemos en cuenta que la mujer es curiosa por naturaleza y agregamos el hecho de que la clave es un motivo específicamente sexual, llegaremos a la conclusión de que bien poco tendrá que hacer el "exhibicionista" para que la curiosa se decida a resolver el problema...

No obstante, aun tratándose de prostitutas a las que se hace preciso conceder la máxima beligerancia en estas cuestiones, no se acierta a comprender que el reflejo visible que se advierte en la piel del hombre, no es una demostración de su potencialidad amorosa, de su virilidad o de su sapiencia en las lides eróticas: revela sí, la excitación de la mujer que le produjo el reflejo, su ansiedad o su lujuria, como queramos llamarlo. Esta ignorancia prueba que la marca, de por sí, tiene un prestigio sexual inconfundible, sucediendo inmediatamente la asociación de ideas que provocan la disposición favorable para ver en las señales, no a quien haya podido producirlas ni aún siquiera a quien las exhiba como agente principal de la reacción, sino "a las

señales en sí". En este punto estoy de acuerdo con lo que Vatsyayana afirma refiriéndose a las marcas de las uñas: "Cuando un extranjero ve, aunque sea de lejos, a una joven con marcas de uñas en los senos, se siente lleno de amor y de respeto por ella. Paralelamente (este es el punto de mi completo acuerdo), un hombre que lleva marcas de uñas o de dientes en ciertas partes de su cuerpo, influencia el espíritu de una mujer, por firme que ella sea. En fin, nada hay más indicado para encender el amor, que las marcas de las uñas o de las mordeduras."

Pero esto es todo ello muy discutible. En el primer caso, ese extranjero no se siente inflamado de amor a la vista de esas marcas, y muchísimo menos de respeto, hacia la mujer que las muestra en sus senos. En buena lógica, si ese extranjero pertenece al sexo femenino, anhelará en esas señales al hombre que las causó. Y en el mismo terreno lógico, si es varón, tampoco debe medir el temperamento de la mujer, sino el del hombre, por esas señales. Aunque Vatsyayana no se para a explicar las razones psicológicas a que nos referimos, huelga decir que son las mismas que las ya referidas, y, "paralelamente", en la mujer sucede otro tanto respecto del hombre. Ahora bien, en cuanto al último párrafo, o sea cuando asegura que esto es lo más indicado para encender el amor, sólo habremos de objetar, que aunque ello sea erróneo, lo que se enciende es el deseo y no el amor, entendiendo por deseo lo que al placer sexual neto se refiere, y por amor la suma de todas las disposiciones tanto psíquicas como fisiológicas.

El mordisco, que también forma parte de los fenómenos algolágnicos del amor sexual, se observa, desde el último animal inferior, hasta el civilizado superculto pasando por todos los pueblos de la tierra, lo que pone de manifiesto que la base del beso fué el mordisco, o sea la caricia más primitiva que asociaba en su expresión el deseo de amar y el de comer, los dos impulsos más vigorosos que mueven a la Humanidad.

Un etnógrafo de tanta solvencia como el doctor Malinowski, quien permaneció algunos años entre los salvajes de las islas Trobriand, describe así las costumbres sexuales de los salvajes, en lo que se refiere al elemento dolor en el placer (1):

"Se hace gran uso de los dientes para morder las mejillas, las narices y la barbilla. O los amantes hunden sus manos en la cabellera de uno y otro y tiran de los cabellos hasta arrancar mechones de ellos.

(1) B. Malinowski, *La vida sexual de los salvajes*, Ed. Javier Morata, Madrid.

En las fórmulas de magia erótica que, como las de otras magias, abundan en exageraciones supergráficas se emplean a menudo las expresiones "bebe mi sangre" y "arranca mis cabellos". Yo creo que, de una manera general, la mujer recurre más gustosamente a los medios de expresión brutales de la pasión. He visto rasguños y huellas más considerables sobre los hombres que sobre las mujeres; y sólo éstas pueden llegar hasta lacerar efectivamente a un hombre. También se recurre a los rasguños durante las fases apasionadas de las relaciones sexuales. A los trobriandeses les gusta mucho mirar, como motivo de broma, la espalda de un joven o de una muchacha, para buscar en ella las señales justificativas de sus éxitos amorosos. Y jamás vi yo un guapo mozo o una chica agradable que no llevase huellas de *kimali* en los lugares adecuados. Subordinadas a las reglas generales del buen gusto y de un tabú específico, las huellas *kimali* constituyen un tema corriente de broma; pero los que las llevan sienten un gran orgullo secreto." En este punto, los salvajes trobiandeses se identifican con los jóvenes civilizados, como en el caso que he citado del hombre que ví en una piscina, mostrando con todo orgullo las marcas de amor impresas por cualquier mujer.

"Otra expresión del sentimiento amoroso—continúa Malinowski—que el europeo medio encontrará no menos extravagante que el *kimali*, es el *mitakuku*, o sea el acto de arrancar las pestañas del amante con los dientes. Hasta donde puedo juzgar por las descripciones y demostraciones que se me hicieron, el amante se inclina a menudo con ternura o pasión sobre los ojos de su amada y corta con los dientes las puntas de sus pestañas. Según me dijeron, esta práctica se emplea lo mismo en la fase del espasmo erótico que en las fases preliminares, menos apasionadas. Jamás logré descubrir el mecanismo o el valor sensual de esta caricia. No obstante, estoy seguro de su realidad, pues no he visto en las Trobriand un solo joven, una sola muchacha que tuviese las pestañas largas que corresponden a su tipo general. En todo caso esta caricia prueba que el ojo es para los indígenas objeto de un gran interés carnal. El europeo romántico se entusiasma todavía menos por aquella otra costumbre que consiste en cazar los piojos que abriga la cabellera del enamorado o de la amada y comérselos. No obstante, esta cacería es para los indígenas una ocupación que, siendo agradable en si misma, procura a los enamorados un sentimiento de exquisita intimidad." (Lámina VIII.)

Malinowski no es un psicólogo. Sinceramente, en lo que se refiere al hecho de morderse las pestañas como caricia amorosa, creo que

más que un motivo sexual, debe existir una causa mágica, y tampoco encuentro explicación a tan extraño acto. Pero en lo que a los piojos atañe, considero mucho más sencilla la explicación, de la que tenemos ejemplo en el reino animal inferior, sobre todo en las aves que acostumbran a quitarse mútuamente los parásitos que se esconden entre el plumaje.

En las aves y otros animales, no puede decirse que este hecho obedezca a las necesidades de nutrición, en primer lugar porque esos parásitos no suponen un bocado abundante, y, por otra parte, por la razón de que aunque las subsistencias naturales sean fáciles de obtener, no dejan por ello de practicar esta costumbre, que tiene por objeto, sencillamente, procurar un placer.

Entre los trobriandeses, si se investigase con más atención que lo ha hecho Malinowski, nos encontraríamos con la explicación de esta conducta, que, a mi juicio, no puede ser otra que la siguiente: En primer lugar, hemos de considerar que la higiene es entre esas gentes un elemento del que se puede prescindir sin grandes inquietudes. Que un amante quite los piojos a su enamorada y viceversa lo considero perfectamente natural, pues aparte de que para realizar la operación se requiere cierto tiempo y una relativa intimidad, circunstancias agradables para los enamorados, no cabe duda que cada piojo que se captura, es un "enemigo" menos a producir molestias. Por otro lado, nadie ignora la sensibilidad del cuero cabelludo y el relativo placer que se experimenta, no tanto rascándonos nosotros mismos como cuando lo hace otra persona, por lo grato que resulta el cosquilleo que uno mismo no se produce en las mismas expresiones agradables. En cuanto al hecho de comerse el fruto de esta cacería, también tiene una base racional: si entre los trobriandeses resulta un placer "beber la sangre" del amante, el piojo, que además está nutrido con la sangre del ser adorado, ¿dejará de constituir un "bocado psicofisiológico", por decirlo así, bastante grato para el enamorado despiojador? Aquí nos encontramos, sin duda alguna, con un caso de simbolismo erótico, de fetichismo sexual, como pueda serlo el hecho de conservar un mechón de pelo del amante, que algunas veces no se limita al pelo de la cabeza, o el de conservar un recuerdo parecido, aunque de menos importancia erótica. Ya hablaremos de la *urolagnia* y la *coprolagnia*, fenómenos también simbólicos, altamente repugnantes.

La descripción que un indígena hizo a Malinowski del coito, traducida literalmente, dice: "Cuando estoy acostado con Dabugera la abrazo, la estrecho con todo mi cuerpo, froto mi nariz contra la suya.

Chupamos mutuamente nuestros labios inferiores, lo que nos excita hasta la pasión. Nos chupamos las lenguas, nos mordemos las narices, las barbillas; nos acariciamos las axilas y las ingles. Ella me dice entonces: "¡Oh, amado mío!, eso me hace muchas cosquillas... empuja de nuevo; todo mi cuerpo se derrite de placer...; hazlo vigorosamente; sé rápido, para que el líquido brote...; empuja de nuevo, mi cuerpo siente tanto placer."

Puede decirse que en toda Oceanía, el mordisco es la caricia fundamental del amor sexual, lo que demuestra, por lo tanto, que ha de ser la más excitante también. Entre los indígenas del Mar de la Sonda, el mordisco preferido es el que se practica en las inmediaciones de las zonas genitales, pero nunca con tanta violencia como para que brote la sangre, como ocurre entre otros salvajes, como por ejemplo entre los habitantes de las islas de Marshall, donde la presencia de la sangre produce el máximun de excitaciones en los placeres del coito.

Entre los civilizados, la tendencia a morder durante el período final de la detumescencia, es más frecuente en la mujer que en el hombre, y esto desde los tiempos más remotos, puesto que en muchas narraciones amorosas se hacen alusiones más o menos detalladas a estos fenómenos naturales. Havelock Ellis dice: "La tendencia a demostrar cariño mordiendo, es más común en las mujeres que en los hombres, y esto sucede en todos los pueblos, aunque se ha observado más frecuentemente en muchachas idiotas y en mujeres de algunas razas salvajes primitivas, estimo que el fundamento biológico de estos hechos radica en que el instinto de conservación de la mujer conserva esta tendencia primitiva que en los principios de su desarrollo era más propio del macho que de la hembra. Pero sea como fuere, la tendencia a morder en el período de la excitación sexual es tan común y los ejemplos son tan universales, que, a mi modo de ver, ha de considerarse en las mujeres como incluída dentro de las variaciones perfectamente normales de los fenómenos que acompañan al coito. No obstante—termina diciendo—, si en su forma más leve es más o menos normal puesto que supone una reminiscencia de los orígenes del beso, en su forma más dolorosa y hasta cruenta, se convierte en una de las aberraciones sexuales más violentas y antisociales". (Havelock Ellis, *Analysis of the Sexual Impulse*).

Una señora francesa, excelente pianista de gran cultura y perfectamente normal en todas las manifestaciones de su vida, se enamoró en Fez de un suboficial de la Legión Extranjera francesa, hombre fuerte de recia musculatura. La artista le siguió hasta Beni-Mellal,

en las proximidades del Atlas, donde el batallón tomaba parte en unas operaciones de guerra. Por fin, lograron entrevistarse, pero el militar no sonsiguió todos sus propósitos sexuales. Ella se contentaba con morderle, algunas veces hasta ver brotar la sangre, lo que la producía gran contrariedad, ya que, comprendía, la presencia de la sangre denotaba que su placer había sido a costa del sufrimiento del amante que se sometía a sus crueles caprichos. "Hubiera querido—nos decía ella—que aquel hombre no hubiese tenido sangre en las venas, o que por medio de un anestésico cualquiera, hubiera quedado insensible al dolor. Lo que a mí me causaba el placer del orgasmo, no era saber que él sufría, sino el solo placer de clavar mis dientes en su carne bronceada. Cuando él intentó hacer lo mismo conmigo, confieso que hube de rechazarle indignada, aunque me consta positivamente que mi amante era un hombre delicado que prefería toda clase de caricias, incluso las que pudieran parecer más anormales y repugnantes, pero con el objeto exclusivo de procurarme a mí placer."

En este caso se revela claramente la tendencia algolágnica instintiva o inconsciente, puesto que ella "no quería producir dolor", sino experimentar placer, lo que no nos permite definir el fenómeno como comprendido en el orden masoquista del concepto clínico. Tenemos más clara la explicación del caso, si admitimos que el mordisco tiene su origen en el galanteo de los animales, como íntimamente relacionado con el instinto de nutrición, esto es, "comerse de amor" a la persona amada.

Verdaderamente, el mordisco, símbolo de devorar, es una práctica que se realiza como demostración de cariño, aun fuera mismo de la esfera sexual. Muchas madres que empiezan acariciando tiernamente a sus hijos, terminan por hacerles llorar cuando las caricias llegan a un límite excesivo que causa dolor en las tiernas carnes de la criatura. No por esto debe creerse que la madre experimente placer al producir dolor a su hijo, pero es que este sentimiento queda en un plano inferior al que ocupa el placer de morder, de demostrar de esta forma un cariño apasionado.

Las indígenas de El Chaco boliviano llevan esta clase de ternura a unos extremos que allí resultan normales, pero que a nosotros nos parecen francamente morbosos. Cuando un niño comete una travesura sin importancia, su madre, y el padre algunas veces, aunque muy raras, le muerde en las mejillas y en el cuello, hasta casi hacer brotar la sangre. Entonces, cuando las muestras del castigo se hacen visibles, no tiene nada de particular que la madre le lama la sangre, pasándole a continuación la lengua por todo el rostro y oprimiéndole contra su pecho al mismo tiempo que pronuncia las más tiernas palabras de amor maternal.

En las relaciones sexuales de esas gentes, que, a pesar de todo, gozan de un cierto grado de civilización, también ocupa el mordisco sangriento el mismo lugar preferente entre todas las demás caricias, si bien suele practicarse en el período de la tumescencia, tan pronto como se inicia la intromisión del miembro viril. Estas expresiones sexuales denotan un bien definido carácter de primitiva animalidad, pues a veces tienen lugar verdaderos combates a dentelladas y pellizcos, que terminan por hacer llorar a la mujer. Inmediatamente el hombre invierte la táctica, lamiendo el rostro, el cuello y los pechos de su amante, la cual, coincidiendo con él, inicia en este instante el orgasmo, que dura cerca de un minuto. Pueden proseguir realizando más coitos, pero entonces ya no parece necesario recurrir a esas formas violentas de excitación sexual.

En muchas razas indígenas de Suramérica es corriente encontrarse con estos fenómenos y aun con otros de fuerte expresión algolágnica, a los que nos referiremos al hablar de las perversiones sexuales, ya que ni entre los mismos que los practican tienen estas modalidades un aspecto claramente normal.

Una viajera afirma que, en Bolivia, la mujer que no es maltratada y humillada por su amante, tiene derecho a exteriorizar públicamente su descontento.

¿Hemos de admitir esos fenómenos como normales e incluídos en la ciencia de las caricias? Esta es nuestra duda. Pero si tenemos en cuenta que la tumescencia o las sensaciones de placer se obtienen por estos procedimientos con preferencia a otros, ¿qué razones tendremos para proscribir dichos sistemas de la esfera erótica? Conste, por otra parte, que no es sólo una tendencia de la parte activa, es decir, del hombre, sino que también se producen tales manifestaciones por parte de la mujer en una reciprocidad justa. Lógico es suponer que si el dolor no es bastante para anular el placer, ha de ser también placer el dolor mismo. Como final del tema, nos referiremos a este punto concreto, como resumen de la influencia de los elementos algolágnicos en el amor sexual.

Una forma leve de estos elementos la encontramos en los consejos que a los amantes da Vatsyayana en el siguiente versículo de su libro eróticoteológico: "Cuando un hombre muerde violentamente a

una mujer, ella debe devolverle el mordisco con doble fuerza. Si está muy excitada, deberá entablar inmediatamente una querella de amor. Al mismo tiempo, cogerá a su amante por los cabellos, le hará doblar atrás la cabeza, besará, succionándolo, su labio inferior, y entonces, encendida de amor, le masajeará y pellizcará en otros sitios."

Todo esto sucede frecuentemente en el amor normal, cuando la pareja llega a los límites de la excitación más acentuada. Entre los marroquíes, una escena de amor tiene a veces verdaderos aspectos de tragedia, si juzgamos por los gritos, e incluso blasfemias de todas clases que la mujer y el hombre profieren, respectivamente, durante el acto del coito. Algunos individuos encuentran en este "sadismo de la palabra" los más vigorosos elementos de excitación. Esos gritos se exhalan instintivamente, sin necesidad de que sean blasfemias ni interjecciones de mal gusto, sino como una especie de "lamentos de placer", que pueden parecerse a los lamentos de dolor, lo cual viene a servirnos también de punto de referencia para comprender la asociación que existe entre el placer y el sufrimiento, términos antitéticos cuyos extremos se tocan en la práctica del amor sexual.

En una ocasión realizábamos una cacería en las inmediaciones de la sierra de Ketama, en el Rif, ayudándonos de guías y ojeadores indígenas, generalmente nómadas, que establecen sus tiendas en los abrigos de las peñas e incluso cavan yacijas en los sitios propicios de la montaña. Era una espléndida noche de abril, aunque la luna sólo dejaba verse a trechos. Otro compañero y yo fuimos siguiendo el rastro de un jabalí, al que habíamos herido, por una cornisa de la montaña que en otros tiempos sirvió de pista militar, cuando escuchamos gritos humanos que, al aproximarnos más, comprobamos que los proferia una mujer a la que acompañaba uno de nuestros guías indígenas. Al principio estuvimos tentados de hacer unos disparos al aire antes de intervenir en lo que suponíamos una querella conyugal, y no erótica precisamente, puesto que los lamentos de la mujer parecían, indudablemente, de dolor. No obstante, procuramos aproximarnos a la cueva, cuya entrada se ocultaba por un trozo de saco. Como el interior estaba iluminado por una lámpara de acetileno, pudimos observar que el motivo de aquellos alaridos era bien distinto del que habíamos imaginado. Los amantes yacían practicando el coito a la manera musulmana, esto es, ella echada de espaldas, pero con las piernas sobre los hombros del marido, en la posición del más íntimo acoplamiento. Los hombros desnudos de la muchacha, puesto que no tendría más de quince a dieciséis años, estaban constelados de manchas de sangre, a consecuencia de los mordiscos del galán que de tan extraña manera demostraba su ardor sexual. A la mañana siguiente pudimos comprobar en el rostro de nuestro guía que tampoco ella se había quedado corta en darle pruebas duraderas de su pasión amorosa...

Los golpes que aconseja el tratadista indio deben asestarse en las espaldas, entre los senos, en la región abdominal y en los costados, pudiéndose dar los golpes con el dorso de la mano, con los dedos un poco contraídos, con el puño y con la palma de la mano. Lo que se persigue con este procedimiento es arrancar a la mujer los consiguientes lamentos y súplicas al amante para que deje de golpearla, y este acento, por lo visto, tiene diferentes sonidos, que excitan al macho.

No es posible comprender el alcance de estas prescripciones, puesto que, por el solo hecho de su artificiosidad, no negaremos que la mujer profiera tales lamentos en las tonalidades que dice Vatsyayana, pero en este caso no pueden ser espontáneos, puesto que hay que tener presente que lo mismo en la India que en el Barrio Latino de París, la sensibilidad, la excitabilidad ni la emotividad de las mujeres puede medirse por un patrón invariable.

Seguidamente afirma que "a las cuatro maneras de golpear indicadas se puede añadir el empleo de una cuña de madera sobre el pecho, de las tijeras en la cabeza, de las pinzas en los senos o en las costados de la mujer, de un instrumento punzante en sus mejillas, etcétera. Estas son particularidades locales más o menos extendidas entre las poblaciones del Mediodía. Pero Vatsyayana opina que su práctica es dolorosa, bárbara, vil, y que no debe imitarse".

A continuación, como prueba de los peligros que encierran esas prácticas, dice que un rey mató a una cortesana golpeándola el pecho con un trozo de madera durante el congreso. Otro rey quitó la vida a su esposa por el empleo de un par de tijeras, y Naradeva, cuya mano estaba deformada, cegó a una joven bailarinaa con un instrumento punzante mal dirigido.

También acerca de estos extremos de la sexualidad en la India he procurado obtener pruebas actuales, pero siempre mis investigaciones resultaron defraudadas. El empleo deesos métodos de satisfacción erótica, tan extraños que no se citan en otros tratados ni tampoco los practican los pueblos primitivos más aficionados a los placeres, evidencia, de ser cierta su práctica en otros tiempos, que el papel social de la mujer quedaba reducido a servir de mero instrumen-

to de satisfacción a la lujuria del hombre. De otra forma no puede concederse gran valor a esas afirmaciones, puesto que, por otra parte, no debemos olvidar que la mujer, en la India, mereció siempre atenciones y respetos, regla general que no había de tener su excepción, precisamente, en el campo de la sexualidad.

Unas caricias que pueden matar a una mujer o dejarla ciega, han de tener gradaciones que, por mucho placer que procuren, siempre hemos de convenir en que, forzosamente, han de tener su límite allí donde el instinto de conservación—más fuerte que el de procreación y nutrición, que están subordinados a aquél—, se manifiesta con todos sus elementos defensivos. Si estos elementos resultan ineficaces, no cabe duda que ya se trata de asesinatos y crímenes de otras consecuencias; esto es, el sadismo, el crimen sádico.

Tales grados de excitación, llevados hasta el extremo de producir la muerte del ser amado, ocupan muchas páginas en los tratados de medicina legal, y es cierto que se han registrado y se siguen registrando en la actualidad. Gilles de Rais, Jack *el destripador*, Landrú y más recientemente Peter Kuerten, el célebre *vampiro de Dusseldorff*, amén de muchísimos más, pero de celebridad menor, son buenas muestras de ese tipo de asesino. ¿Pero puede decirse que estos monstruos amasen a sus víctimas, y que el amor fuese la causa única de los tremendos asesinatos? En manera alguna. El amor, no cabe duda, conduce a ciertos extravíos, pero no de tanta magnitud como hasta el extremo de querer la destrucción premeditada del objeto amoroso.

Si la mujer gusta de esas caricias, que debemos denominar brutales, al menos en el concepto de la moral, pero que científicamente tienen un origen normal y biológico, es porque gusta de reconocer la superioridad del macho, porque anhela mostrar su feminidad, su debilidad y su delicadeza en esa sumisión inteligente, que, a pesar de todo, se traduce en dominación casi absoluta del hombre, como hemos visto al hablar de las mutilaciones que ciertos hombres practican en su miembro viril para mejor satisfacer los deseos sexuales de sus amantes. Los indígenas de Dahomey dicen que el hombre es el dueño y señor de su mujer, de su hacienda y de sus ganados, que todo lo dispone y todo lo ordena, no haciéndose en la comunidad otra cosa que... lo que la mujer quiere que se haga.

La mujer, física y moralmente, es masoquista, esto es, goza, en mayor o menor grado, con las humillaciones y daño que el hombre la infiere. Pero, a pesar de todo, entre el placer y el dolor, tiene que

existir un límite, cuando se trata de hombres y mujeres normales, porque decir que todos los dolores que en el acto sexual puedan infligirse a un mujer son perfectamente tolerados por ésta, equivaldría a cargar sobre las débiles y bellas espaldas de todo el sexo femenino el peso de una opinión o de una acusación intolerable e injusta a todas luces.

Porque, una de dos: o el dolor es dolor, pero sin paliativos ni términos medios, o es placer, y, en este caso, hay que comprender, lógicamente, que ya no es dolor. Luego, ¿en qué quedamos?...

Cuando el dolor proviene de una caricia, es fácil que la sensación desagradable quede anulada por la sensación grata; pero entonces, no es dolor. Nos encerramos en un círculo vicioso, pero veamos la manera de salir de él.

Teniendo en cuenta la sensibilidad de la piel para transmitir a los centros nerviosos las diferentes sensaciones, graduadas por la violencia que se ponga en juego al producir los roces o los contactos, nos encontramos con que, si son débiles, resultan caricias, y si fuertes, dolores. Ahora bien, la mayor parte del valor de esas sensaciones depende de las circunstancias en que la caricia o el golpe se realicen. Entre los amantes enamorados, puede decirse que sus estados emocionales son muy variables, dependiendo los efectos de las caricias del grado de pasión, como de la "intención" que induzca a practicarlas. No obstante, en el masoquismo bien definido, esto es, en la anormalidad, una mujer puede experimentar el placer más intenso cuando se siente brutalmente golpeada por su amante. Entre las prostitutas se cree que la mejor prueba de amor que puede darles el chulo que las explota—otra forma de masoquismo—consiste en una paliza bien administrada. Pero en este caso, parece ser la crueldad el principal motivo, asociado, además, a la predisposición sumisa de la hembra a la voluntad del macho.

Lo que en una circunstancia cualquiera independiente de la sexualidad, como por ejemplo, un pellizco dado a una mujer en un pecho, puede producir dolor intenso, puede convertirse en motivo de placer en ocasión en que esa misma mujer se halle en intimidad con su amante. Esto se explica porque el pellizco obra ahora como estimulante sobre los terminales nerviosos que producen el placer. Es un dolor que antes era agudo y ahora es un estimulante, no advirtiéndose la sensación dolorosa "porque trae consigo una excitación subsiguiente". La definición más concreta, y también la más autorizada, es la de Ellis cuando dice que "es evidente que, cuando una mujer dice que encuentra placer en el dolor que la causa su amante,

ella quiere decir que, en circunstancias especiales, encuentra placer en un tratamiento que en otras circunstancias estimaría como un dolor, o también que el dolor real sufrido va tan prontamente seguido de un placer tan intenso que en la memoria el dolor parece que ha sido placer, y hasta puede considerarse como el símbolo del placer".

Mas a pesar de todo, también la definición resulta ciertamente confusa e incompleta. La intención de producir dolor, asociada a la caricia, no es, a mi juicio, tal "intención". Puede ocurrir más bien que, al querer acariciar, no se gradúe correctamente el impulso que para ello se precisa, desbordándose el impulso como consecuencia de la excitación, pero sin que para el sujeto activo exista consciencia de que "ha hecho daño", sino de que ha querido "proporcionarse placer" a sí mismo. Este es, sin duda, un extraño complejo. También ocurre que en la violencia de esas manifestaciones amorosas—conste que hablamos del aspecto normal de la cuestión—, la mujer, sometida, parece perder sensibilidad en los terminales nerviosos, que en otras ocasiones "tienen la misión de conducir el dolor", pero que ahora están dispuestos "solamente" para llevar el placer a los centros receptores de la emoción. Esta especie de anestesia momentánea del período tumescente tiene un motivo netamente sexual: la explicación más adecuada que encuentro es que la sensibilidad al dolor se convierte en energía, en ansiedad para experimentar el deleite sexual, en una a modo de obsesión que acaso pueda traducirse en la resultante de un fenómeno histérico, como el caso que refiere Charcot de una histérica "mitómana somática", en cuya enfermedad nadie quería creer, y quien, para demostrar que era cierto su padecimiento, tomó una tijera y se cortó un pezón sin esbozar en su rostro la más mínima huella de alteración.

¿Estará aquí la explicación del fenómeno por el cual hasta los dolores más intensos no influyen para nada en la desviación de la ansiedad erótica? Para terminar: creo sinceramente que esa ansiedad del goce anula casi por completo la sensibilidad, que se reconcentra exclusivamente, por unos instantes, en la zona psicosexual, obrando a modo de potente analgésico. Y no sólo es la pérdida de la sensibilidad nerviosa, sino que también puede incluso perderse la consciencia del peligro, en lo que encontraríamos la justificación, de ser cierta mi teoría, que un hombre o una mujer se dejen matar por su amante en tan crítico momento, bajo el imperativo del placer sexual, que produce la abolición casi absoluta de todas las manifestaciones de la vitalidad y de la energía mental y física.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EL TACTO COMO FUENTE DEL PLACER

Importancia erógena de la piel.—Los nervios.—Los roces involuntarios.—Las aglomeraciones de público.—Los tranvías y el "magreo".—Contactos casuales.—El apretón de manos y el abrazo.—El tacto, como origen del amor. Zonas sensibles al tacto.—Sensibilidad tactil y sensibilidad sexual.—Influencia de las circunstancias.—La piel del hombre.—Las cosquillas y la risa.—Un enunciado falso.—Las cosquillas y la violación 9

RELACIONES DE LOS PECHOS CON LA SEXUALIDAD

Centros sexuales secundarios.—Sensibilidad del pezón. Relación de los pechos con los órganos genitales.—Amamantamiento y sexualidad.—Mi punto de vista.—El verdadero placer del amamantamiento.—La nodriza que gozaba sexualmente.—La caricia de los pechos, motivo único de satisfacción.—La actitud de las prostitutas. Anomalías de los pechos 21

EL BESO EN EL AMOR SEXUAL

El beso en las histéricas.—Experimentos.—El beso en Francia.—El beso primitivo.—Relación de los labios con los órganos sexuales.—Los orígenes del beso.—El impulso de morder.—Desconocimiento del beso en algunos olfato, primitivo instinto.—El beso y los extravíos sexuales.—Su efecto en los centros sexuales.—Actitud de los japoneses.—El caso de Ana May Wong 33

EL BESO EN EL CINEMA

No tiene importancia sexual.—Desemejanza con el beso real.—Su técnica nace del amor.—La complicidad de otras caricias.—Las vampiresas.—Greta Garbo.—Los besos de la Garbo y los de la Clara Bow.—Consecuencias antiestéticas del beso.—La excitación de los espectadores.—Confesión de una homosexual.—Admiradoras de las artistas.—Sugerencias del beso cinematográfico.—El beso de las ingenuas.—La actitud de los asiáticos 49

Páginas

LA CIENCIA DE LAS CARICIAS
EN LOS CODIGOS ORIENTALES

La erótica en la India.—Intención de los tratadistas. Importancia social de la bayadera.—Su conocimiento de la ciencia de las caricias.—Clases de abrazos.—Indiferencia hacia la mujer.—Las maneras de abrazar.—Un punto de discusión.—Las caricias y el temperamento. Limitación de las caricias.—Las caricias refinadas.—Clases de besos.—Las caricias en "El Ktab".—El musulmán estima a la mujer más que el indio.—El sonido de los besos.—Las caricias en los prostíbulos 61

LOS PLACERES DEL DOLOR

Definición.—Los placeres elementales del dolor.—Necesidad del contraste.—Lo que opinan siete prostitutas. Los "chupones" y sus exhibidores.—Atracción excitante de las marcas de amor.—Arañazos y mordiscos.—Los comedores de piojos.—Fundamento de esta costumbre amorosa.—Razones psicológicas del mordisco.—Su importancia sexual.—En Bolivia se ama mordiendo.—Golpes de amor.—Actitud de la mujer.—Explicación satisfactoria del placer en el dolor 75

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Beso olfatorio 16

LAMINA II
Ana May Wong 17

LAMINA III
El beso en el cinema 32

LAMINA IV
Greta Garbo 33

LAMINA V
Clara Bow 48

LAMINA VI
Muriel Evans 49

LAMINA VII
Prostituta marroquí 64

LAMINA VIII
Trobiandeses despiojándose 65